



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

15
HISTORIAS ESCOGIDAS
HISTORIAS DE HALLOWEEN
Por Moisés Chávez





PROLOGO

Historias Escogidas 15: Historias de Halloween es el décimo quinto volumen de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

La Serie HISTORIAS ESCOGIDAS consta de 25 volúmenes del género literario que más apasiona a la juventud. Señalamos con letras negritas el presente volumen:

| | | |
|----------------------------|-----------|---|
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 1 | Las Historias Cortas |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 2 | Filosofía de la vida |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 3 | El Diario del Capitán |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 4 | El mejor regalo de Navidad |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 5 | El Exorcista |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 6 | La llave del éxito |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 7 | Los hijos del trueno |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 8 | Historia Clínica |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 9 | Psicoanálisis de Don Quijote de la Mancha |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 10 | El Síndrome de Harry Potter |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 11 | El Cuchicito Higinio |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 12 | El Señor Mackay |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 13 | Ana Filaxia |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 14 | Historias charapas |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 15 | Historias de Halloween |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 16 | Angeles ángeles ángeles |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 17 | Demonios |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 18 | Aventuras en pañales |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 19 | Test de Inteligencia Emocional |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 20 | Una familia muy normal |

| | | |
|---------------------|----|-----------------------------------|
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 21 | En el camino |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 22 | Los Agentes Secretos de Dios |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 23 | Historias arqueológicas |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 24 | La Versión Miniatura de la Biblia |
| HISTORIAS ESCOGIDAS | 25 | Autores israelíes – Serie GUESHER |

* * *

Este es el contenido de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS:

Historias Escogidas 1: Las Historias Cortas - Poderoso género literario introduce a los 25 volúmenes de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS. Pero también introduce a otros cien volúmenes de historias cortas de la Biblioteca Inteligente, algunos de los cuales son antologías o colecciones de historias, y otros son libros cuyos capítulos son historias concatenadas. Una excepción de este criterio es *Historias Escogidas 2*.

Historias Escogidas 2: Filosofía de la vida es mayormente poético, pero incluye en su sección en prosa una historia corta, la primera que escribí en mi vida y que lleva por título, “En el valle de la desesperación”. Por incluir esta pieza documental e histórica, y por el hecho de que el libro refiere en forma poética mi historia, este libro ha sido incluido en la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS.

Historias Escogidas 3: El Diario del Capitán refiere la historia de mi abuelo, el Capitán Zaturino Chávez Baella, que es también el comienzo de la historia de mi familia, así como un material de investigación en el ámbito de la ciencia de la Shilicología.

Historias Escogidas 4: El mejor regalo de Navidad ha sido diseñado para ser el mejor regalo que se puede dar en la Navidad. En este volumen cada capítulo es una historia corta cuya trama responde a las preguntas de George Frankenstein, un adolescente que adolece del Síndrome del Calongo.

Historias Escogidas 5: El Exorcista contiene historias escritas el Dr. Gustavo Montero, profesor de la Santa Sede apodado “El Exorcista” porque escribió su tesis doctoral sobre el exorcismo, aunque dudo que jamás haya expulsado algún demonio.

Historias Escogidas 6: La llave del éxito, antología que trata de este servidor a quien mis allegados me relacionan con los secretos de la exitología, ha sido realizada por el Dr. Gustavo Montero que tuvo la iniciativa de restaurar muchas historias más que de otro modo se hubieran perdido. Eran los días cuando ni aun yo me daba cuenta del poderío de este género literario y perdí incluso mis apuntes de conferencias magistrales que él sí grabó. El resultado de su labor de restauración es esta antología.

Historias Escogidas 7: Los hijos del trueno trata de las locas aventuras de una pandilla de jóvenes y señoritas muy parecidos en su manera de ser a un par de granujas a quienes Rabi Yeshúa les puso el apodo de “Los Hijos del Trueno”. ¡Por algo habrá sido, pues!

Historias Escogidas 8: Historia clínica ha sido dedicado a las enfermeras y a los médicos, los apóstoles de la salud.

Historias Escogidas 9: Psicoanálisis de Don Quijote de la Mancha contiene historias que tienen que ver con el tema de la “decodificación”, que en el caso de Don Quijote, da lo mismo que “desencantamiento” o liberación de los hechizos de los brujos y encantadores que tanto abundan en España incluso hoy.

Historias Escogidas 10: El síndrome de Harry Potter reúne historias relacionadas con el fenómeno de lo mágico y misterioso.

Historias Escogidas 11: El Cuchicito Higinio. . . Así se dice en Bolivia, “cuchicito”, mientras que en Celendín decimos, “cochecito”, de cariño. Este volumen te presenta a mi suegro, el padre de mi esposa Amanda, que fuera ciego de nacimiento y a quien por muchos años le serví de ojos. Sus historias reflejan su inteligente conversación sobre los temas que más le conmocionaban, entre ellos, el de los cuchicitos.

Historias Escogidas 12: El Señor Mackay contiene historias de mi infancia. El apellido Mackay es el apodo los evangélicos en mi ciudad natal, Celendín, que recibimos el evangelio por medio de un misionero de Escocia con este apellido.

Historias Escogidas 13: Ana Filaxia no es el nombre de una despampanante rusa; es el nombre de una alergia mortal llamada “anafilaxia” que adquirí debido a que en medio del exclusivo barrio de Alto Sopocachi donde vivía, la familia del “Químico Alí” estableció con la anuencia de las autoridades de la ciudad un laboratorio que funciona de noche y lanza venenos sobre los que duermen. Este volumen expone mis esfuerzos, inútiles, para impedir que se afectara de este modo a la población.

Historias Escogidas 14: Historias charapas es una antología de historias de la Amazonía peruana, a cuyos habitantes se les llama, “charapas”. Ellos son poseedores de interesantes historias en algunas de las cuales he sabido inmiscuirme ya vuelta a causa de mis recorridos por esta región.

Historias Escogidas 15: Historias de Halloween contiene temas escalofriantes de Todos los Santos, que en Bolivia se ha impregnado de la algarabía de Halloween. Las historias de este volumen tienen que ver con mi pequeña hija Lili Ester y sus amiguitos que cursaban la primaria en el Colegio Boliviano Israelita (CBI).

Esta antología incluye historias que en su mayor parte se relacionan con las historias de la serie “Historias de Infancia”, incluida en la Serie SHILICOLOGIA.

Historias Escogidas 16: Angeles ángeles ángeles refiere experiencias o encuentros del tercer tipo con ángeles.

Historias Escogidas 17: Demonios trata de otro tipo de ángeles: De los ángeles malos, de los shapingos cuyo único objetivo es echar a perder todo lo que tenga buen nombre, empezando por el hombre. ¡De que los hay, los hay! ¿He?

Historias Escogidas 18: Aventuras en pañales es la historia de unos niños coreanos de la edad de mi pequeña hija Lili Ester: Cinco añitos. Estos niños, hijos de la pareja de esposos que llegaron de Corea del Sur para hacerse cargo de la administración de la CBUP en sus primeros años, poseen una gran fantasía que nos señala el camino del éxito.

Historias Escogidas 19: Test de Inteligencia Emocional tiene como objetivo impartir inteligencia emocional a quien carece de ella.

Al final de la antología aparece el texto del famoso T.E.S.T de Inteligencia de la CBUP. Si usted cree necesario aplicar el T.E.S.T. en vuestro entorno académico, puede proceder sin necesidad de obtener Permiso Escrito de parte de la Santa Sede.

Historias Escogidas 20: Una familia muy normal no es la historia de la familia de la serie televisada de los Locos Adams, sino de mi familia, que incluye a George Frankenstein y a otros seres supercalifragilísticamente espialidosos y muy interesantes.

Historias Escogidas 21: En el camino es un conjunto de reflexiones en el formato de historias cortas, las mismas que han sido escritas o por lo menos inspiradas y esbozadas en diversas rutas, en viajes del autor por por más de cincuenta países en cumplimiento de la *Missio Dei*.

Al final viene un Epílogo Poético con una serie de poesías escritas en el camino, todas ellas entresacadas de mi obra, *Filosofía de la vida*.

Historias Escogidas 22: Los Agentes Secretos de Dios es en su totalidad una sola historia. No se trata de historias de Agentes Secretos, sino de una reflexión sobre lo que significa ser Agentes Secretos de Dios.

Este es un material que revoluciona la eclesiología de todos los tiempos, y modestia aparte, surgió en una sesión de estudio de casos en el Aula Magna de la Santa Sede de la CBUP.

Cada historia del volumen, *Los Agentes Secretos de Dios*, ha sido catalogada como “existencial” y “mayéutica”, para diferenciarla de los cuentos infantiles, así como de las fábulas profanas y los cuentos de viejas que proliferan a nivel mundial.

“Existencial”, porque confronta las situaciones de la vida tales como son y ocurren.

“Mayéutica”, porque su metodología inductiva hace que el lector descubra por sí solo el mundo del saber.

Historias Escogidas 23: Historias arqueológicas es un conjunto de relatos relacionados con la exploración de superficie, excavaciones estratigráficas y análisis de gabinete en que el autor actúa como protagonista.

Historias Escogidas 24: La Versión Miniatura de la Biblia es un conjunto de historias relacionadas con un ingenioso y motivador recurso, la Versión Miniatura de la Biblia, producida para el lanzamiento de la Biblia Reina-Valera Actualizada y de la *Biblia Decodificada*, y diseñada para promover actividades infantiles.

Historias Escogidas 25: Autores Israelíes – Serie Guésher La-Nóar, es una serie de *reviews* de historias cortas publicadas por el ala editorial de la Organización Sionista Mundial para la enseñanza del hebreo antiguo y moderno en todos los países del mundo donde viven judíos cuyo interés en este estudio da expresión a su anhelo por emigrar a la Tierra de Israel, su patria bíblica.

El hebreo simplificado de esta serie y la inclusión de los signos de las vocales en el texto, aparte de las introducciones y las notas de pie de página que traducen las palabras que pueden resultar nuevas al lector, hacen de su lectura un verdadero placer.

Estas historias fueron las que motivaron al Dr. Moisés Chávez a explorar el potencial de este poco explorado género literario de las historias cortas como recurso de la comunicación.

* * *

Las citas bíblicas en la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS provienen de la *Biblia Decodificada*, la versión oficial de la Santa Sede de la CBUP.

En la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS todos los volúmenes han sido incluidos de manera independiente en la página web Biblioteca Inteligente:

www.bibliotecainteligente.com

Para profundizar lo que respecta a las Historias Cortas visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave:



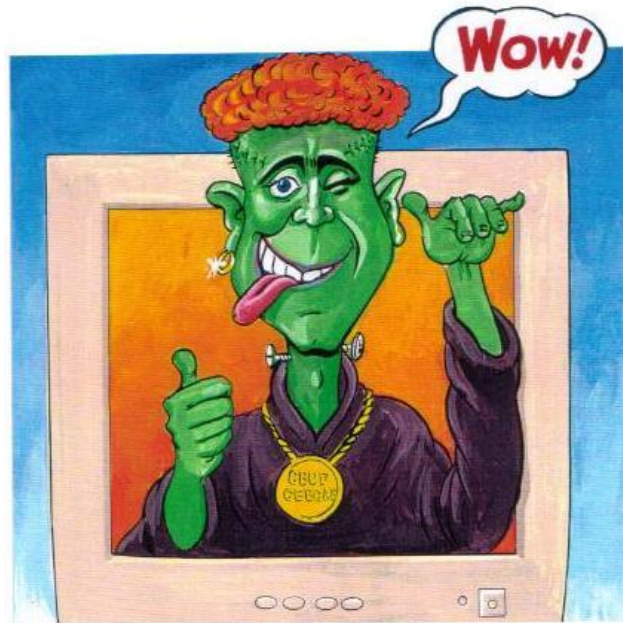
En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la Santa Sede, para recibirlo en tu email escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

¡Seas bienvenido al apasionante mundo de las Historias Cortas!



Dr. Moisés Chávez
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director Académico de la CBUP-VIRTUAL
Director del CEBCAR-Internacional



CONTENIDO:

PROLOGO

**ANTOLOGIA
DE HISTORIAS CORTAS**

1

EL TRICOTRI DEL CBI

2

AVENTURA DE HALLOWEEN

3

LOS PRESTES DE TODOS LOS SANTOS

4

ANILLO DE QUINCEAÑERA

5

LA DEL VESTIDO ROJO

9

6
LA FELICIANA

7
EL SECRETO DE LA FELICIANA REVELADO

8
EL FANTASMA DE ENRIQUE VILLAR

9
EL FANTASMA FAMILIAR

10
DIALOGO CON ULTRATUMBA

11
CARICATURAS VIVIENTES

12
LA ESQUINA DE DOÑA AURORA MORI

13
EL CABRUNCO DEL DOCTOR NELO

14
IGNORADA MARCIANITA





1

EL TRICOTRI DEL CBI

Las chicas y chicos del séptimo curso del Colegio Boliviano Israelita (CBI) habíamos acordado salir disfrazados el 31 de octubre a tricotear, es decir, a pedir caramelos de puerta en puerta, por Halloween.

Temprano en la noche se respiraba una atmósfera de misterio festivo. No veíamos el momento de lanzarnos a la aventura, desprendidos de la sobreprotección de nuestros padres, que tanto nos agobia.

Entonces yo tenía doce años de edad, y mi papá me dio permiso para salir, sólo porque dos mamás se comprometieron a ir con nosotros para protegernos: Su mamá de la Camila y su mamá del Franco.

El punto de partida sería la puerta del CBI.

* * *

Yo podía dar cátedra y explicar a todos acerca de los secretos de Halloween, porque mi papá, que ha vivido diez años en el país de Halloween, me lo ha explicado todo.

Cuando le pedí permiso para salir con los chicos del CBI para tricotear, le hice algunas preguntas de rigor:

—¿Es verdad que en esta noche las brujas y los fantasmas andan sueltos y nos pueden hacer daño?

Respondió:

—Nada de eso. Sólo es la manera como en los países de habla inglesa se celebra el Día de Todos los Santos, en que la gente recuerda a sus seres queridos que han muerto.

Le pregunté:

—¿Y por qué se llama Día de Todos los Santos?

Me explica:

—Verás: Cuando estamos vivos, yo tengo el día de mi santo, es decir, de mi cumpleaños; y así todos los demás que generalmente tienen por nombre el del santo del día en que nacieron. Por ejemplo, tu abuelito nació en el día de San Higinio, y lo jodieron poniéndole ese nombre: Higinio. Pero en el Día de Todos los Santos se celebra en un solo día el cumpleaños de todos los muertos, para ahorrar velas.

Insistí:

—Pero también es ocasión en que las brujas hacen maldades, ¿verdad? ¿Y por qué se disfrazan los niños? ¿Por qué en la tele pasan tantas películas de horror?

Y me dio una larga explicación.

* * *

Me dijo:

—La muerte siempre está relacionada con esqueletos y calaveras, con fantasmas y apariciones, y el horror y misterio estimulan la fantasía de los niños. ¿Acaso no te da miedo una calavera o un esqueleto? ¿Acaso no temblarías al ver un fantasma? Aun estar ante un muerto produce temor.

—¿Pero que tienen que ver las brujas?

—En esta fecha las brujas celebran un baile macabro y disfrutan de una sopa tétrica, en que participan sus seres queridos que han muerto, brujas y brujos como ellas. En Bolivia también se acostumbra preparar los platos que en vida les gustaban a nuestros seres queridos, para que se sientan bienvenidos y halagados en su día. Si les gustaba fricasé de chanco, se prepara fricasé, y todos comen fricasé. Si les gustaba el chairo, todos comen chairo. Si les gustaba el timphu, ¡pues a comer timphu se ha dicho! Si les gustaba charquecán, ¡pues charquecán! Si les gustaba la picana, se hace picana aunque no sea Navidad. Y si les gustaba caldo de cardán, ¡pues a saborear el caldo de cardán y a atenerse a las consecuencias!

—¿Y por qué se llama Halloween? Hasta el nombrecito me asusta. . .

—Este nombre deriva del inglés antiguo, *hallow*, que significa *holy*, “santo”, y *even*, que es una abreviación de *evening*, “víspera” o la noche anterior. En inglés, la víspera del Día de Todos los Santos se llama “Víspera de los Santos” o Halloween.

* * *

Mi mamá estaba lista para llevarme a la puerta del CBI, cuando me doy cuenta que me había olvidado de preguntarle a mi papá qué se dice exactamente cuando se toca la puerta de una casa y se pide un caramelo.

Le pregunto:

—¿Qué significa *tricotrí*?

—¿Qué?

—*Tricotrí*. . .

—Ah. . . Cuando te abren la puerta de su casa, en esta ocasión no se saluda educadamente, sino de una manera sinvergüenza conminas al dueño de la casa diciéndole: “Trick or treat?” que se traduce, “¿truco o trato?” Es decir, “¿qué prefieres, que te haga algún truco o alguna maldad o hacer conmigo un trato?” El trato es que te den un caramelo, y si no te lo dan (porque los tacaños abundan), les haces alguna maldad o alguna travesura, con la ayuda de las brujas y los fantasmas.

—Ah. . . ¡caramelo o travesura!

—Esa sería una buena traducción de “trick or treat” (*tricotrí*, en Bolivia). Pero, ¿qué te harías si en lugar de darte un caramelo te piden que les hagas alguna travesura o maldad? Ustedes ya tienen que preparar de antemano unas cuantas bromas pesadas para atormentar a los tacaños por no soltar un caramelo en vuestra bolsa.

Entonces me contó una de sus mejores bromas pesadas del Día de Todos los Santos, porque de niño mi papi no había sido ningún santito que digamos.

* * *

Me dijo:

—Te contaré de la maldad que le hice a una vieja que siempre me barría los talones con su escoba cada vez que yo pasaba por la puerta de su tienda en Celendín.

En la víspera del Día de Todos los Santos amarré un hilo en la aldaba de su puerta y me fui tirando del extremo del hilo a mi casa al frente. Cerré mi puerta y jalé del hilo para que la aldaba de su puerta sonara como que alguien llamara a su puerta.

La vieja salió, y no había nadie.

Volvió a cerrar, y de inmediato volvió a sonar su aldaba, como si un espíritu o fantasma la golpeará.

Ella ya no volvió a abrir, porque seguro que se orinó de susto, porque se cree que en el Día de Todos los Santos los espíritus de los muertos salen de sus tumbas y vuelan a la ciudad y se meten a tu dormitorio y a tu comedor, y comen y brindan contigo, e incluso se meten a tu cama juntos contigo, aunque no los puedas ver. Pero los perros sí los ven; por eso aúllan tanto.

Le digo:

—Pero nosotros somos un grupo de niñas y niños pequeños. . . ¿No nos puedes sugerir otro tipo de bromas que no sean tan pesadas y peligrosas?

—No te hagas problemas, Lili. Si alguien te pide “travesura”, dile de nuevo “tricotrí”, y dícelo tantas veces como sea necesario, hasta que se fatigue y suelte el caramelo en tu bolsa.

* * *

Tomé mi calabaza de plástico, y le seguí a mi mamá al auto, y mi papá nos siguió diciéndome:

—La razón por que se usan las calabazas y se les hace huecos a manera de ojos y boca, y se les pone dentro una vela, y se las cuelga en las puertas y ventanas o en las terrazas de las casas es para asustarles a los fantasmas y a las brujas, y para ahuyentarlas de las casas en esta noche fatídica. La razón es también porque en el tiempo de Halloween en Estados Unidos maduran unas hermosas calabazas de todas las formas y tamaños, cuyos colores oscilan entre el amarillo y el rojo, pasando por el anaranjado. Todas estas son las costumbres de los pueblos y no tienen nada que ver con los demonios.

Le digo:

—No te preocupes; yo no tengo miedo.

—Muy bien, Lili. Sólo tengo para ti un último consejo: Hay que cuidarse de la gente desconocida. Nunca te acerques demasiado a una puerta, ni aceptes entrar adentro cuando te dicen: “Pasa niñita; voy a buscar un caramelito para ti.” Recuerda que los peligros provienen de los vivos, no de los muertos. Prométeme que serás muy prudente en esta tu primera noche de *tricotrí* y que no te apartarás de tu grupo ni se su mamá de la Camila.

—Ya, papá. No olviden de recogerme a las nueve en la puerta del CBI.

El Shadow y mi tío Romay se nos habían adelantado, y nos esperarían, no en la puerta del CBI, sino en la Plaza de la Loba, en Obrajes, donde nos organizaríamos antes de salir a tricotear.

* * *

Aquella noche, la víspera de Halloween, en la puerta del CBI me puse mi disfraz de Sabrina, la Brujita Adolescente. Me pinté los labios de color sangre mortecina, tomé e mi mano mi bolsa donde juntaría los caramelos que me darían, y salí a la aventura.

Nos organizamos para ir a Obrajes en dos taxis, y al llegar a la Plaza de la Loba, apareció de repente, volando entre los troncos heridos de la plaza, el Conde Drácula, vestido de negro y forrado con su capa, con sus movimientos señoriales y sus colmillos recientemente ensangrentados.

Nos había estado esperando allí con sus secuaces, que al lado de él parecían murciélagos flacos antes que vampiros de Halloween. Y en un momento fugaz, cuando su mamá se descuidó de su hijo por cuidar de las chicas, el Franco fue atacado por el Conde Drácula.

Al ver a su hijito diminuto en manos de un enorme vampiro que lo golpeaba con sus puños y lo envolvía con su capa, y le succionaba la sangre de su cuello y parecía comérselo vivo, la mujer levantó el grito al cielo con desesperación. Y su mamá del Mauricio tomó a su hijito en sus brazos y huyó lejos para evitar que él también corriera semejante suerte.

* * *

Lo que jamás podríamos habernos imaginado era que otros chicos del CBI, más grandes que nosotros, se habían enterado de nuestros planes y fueron directamente a la Plaza de la Loba para esperarnos allí disfrazados de vampiros para asustarnos y juntarse a nuestro grupo para tricotear.

Entre ellos estaba Lior, el jefe de la Banda del CBI, disfrazado de Conde Drácula, que al ver la desesperación de la madre del Franco, le dijo:

—No se asuste, señora. Yo también soy del CBI y estamos juntos en la Banda del Colegio. ¿Cómo, pues, cree, señora, que yo me lo voy a comer a su hijo?

Cuando vimos que era el Lior, todos prorrumpimos en carcajadas.

* * *

En adelante, Lior mismo, siendo más grandecito, se hizo servicial para cuidar de sus compañeros más pequeños, especialmente de las chicas.

Acompañados de las mamás empezamos a visitar las casas de esa urbanización de gente rica, esa gente que bien podría tener caramelos para repartir a los niños en la noche de Halloween.

En esta zona la costumbre americana se ha impuesto gracias al gringo Goni, y pasarse por aquí es como si estuvieses en el mismísimo país de Halloween.

En todo esto, el Shadow y mi tío Romay brillaban por su ausencia. Yo no sé a dónde diablos habrían ido a parar. Quizás mi tío Romay, que no es de La Paz, sino de Cochabamba, se habría equivocado de las referencias y nos estarían esperando en otro lugar.

2
AVENTURA DE HALLOWEEN



El Shadow International

Dejamos, pues, la Plaza de la Loba y nos dirigimos a tricotear en el vecindario, acompañadas de las mamás del CBI y de los muchachos más grandes, entre ellos el Lior.

Entonces ocurrió que mientras unas chicas esperaban que abrieran una puerta, los chicos se alejaron de ellas, para mirarles ocultos detrás de la esquina.

Cuando se abrió la puerta, yo me distraje un momento por mirar a los chicos que se ocultaron detrás de la esquina, y cuando miré, la puerta apareció cerrada y la mamá de Camila y las otras chicas habían desaparecido.

Me acerqué para ver si habían entrado en el pasaje de al lado, pero en la penumbra vi que también el pasaje había desaparecido.

Pensé que hicieron justamente lo que mi papá me dijo que evitásemos hacer: Entrarían a la casa de alguna persona desconocida que les invitó a pasar y esperar mientras les traía los caramelos.

* * *

Viéndome sola, preferí no tocar otro timbre, y me puse a esperar que los chicos y chicas aparecieran vivos.

De pronto, la calle cambió de dirección, y cuando busqué ubicarme en el lugar, resulté descendiendo por la calle en lugar de subir. De este modo me alejé de la parte conocida de la ciudad.

Cuando intenté regresar, me encontré impedida, porque la calle de repente había sido clausurada mediante un alto muro de piedra labrada.

Al verme desolada en medio de un mundo misterioso y al revés, grité y lloré hasta que apareció un fantasma que atravesó el muro de piedra y voló hacia mí.

Yo no tuve fuerzas para correr y me quedé inmóvil, abrazada de un poste de luz.

Y el fantasma me dijo:

—Yo soy Lior; no tengas miedo. Así es Halloween.

* * *

Cuando desapareció el fantasma de Lior en el muro de piedra, abrí mis ojos bien grandes para mirar si habría alguna manera de escapar de ese lugar, y me choqué con mi tío Romay, que también estaba tricotando en el mismo vecindario, disfrazado de Supermán.

Por su linda cara, él no hubiera conseguido un solo caramelo, pero iba acompañado del Shadow, disfrazado de rojo como Robin, con su antifaz misterioso y su capita para volar.

Mi tío Romay me dice:

—¿Por qué has venido hasta este lugar de horror? Este ya no es Obrajes ni Calacoto. Tu papá y tu mamá me han enviado a buscarte y llevarte a casa. Ellos te dieron permiso para tricotar en el vecindario de la Plaza de la Loba, y he aquí que te has desaparecido por dos días.

—¿Qué dices? ¿Qué han pasado dos días desde que salí a tricotar en Halloween? ¿Y cómo no me he dado cuenta? ¡Pero si sólo hemos tocado una sola puerta!

Me dice:

—Es que has venido a meterte en este horrible lugar que es. . .

—¿Que es qué? ¡Dímelo por favor!

—Este es el Valle de Sombra de Muerte. . .

* * *

Y tragando su saliva prosiguió:

—Has abandonado a tu Shadow dos días, y yo he tenido que venir desde Cochabamba para cuidar de él y darle de comer hueso para evitar que le crezcan sus colmillos como los del Conde Drácula. A pesar de mis desvelos, ¡mira cómo le han crecido sus colmillos!

El Shadow abrió su boca para sonreírme, y no pudo ocultar sus horribles colmillos.

Lo metí en mi seno, y luego él sacó su cabecita para ver. Y yo le canté la canción de Thalía:

*¡Mi Shadow y yo,
vivamos el momento,
hasta que estemos los dos
juntos, juntos tú y yo!*

* * *

Me dijo mi tío Romay:

—No podremos salir de este Valle de Sombra y de Muerte, excepto si montas sobre mis hombros y volamos por encima del muro de piedra rumbo a casa.

Le pregunté, un tanto desconfiada:

—¿Acaso tú puedes volar? ¿De cuándo acá puedes volar?

Respondió:

—Sólo en Halloween, cuando se les permite a los vivos desplazarse con igual facilidad que a los muertos; me refiero a los vivos vivos, no a los mengos. Ahora, sube a mis hombros y volaremos a tu casa porque tu mamá y tu papá no cesan de llorar por causa de ti. Agárrate bien de mis orejas, y en poco tiempo llegaremos a tu casa.

* * *

Pasamos por el Valle de la Luna, un lugar lleno de cuevas fantasmagóricas de las cuales salían murciélagos gigantes y niños muertos disfrazados de Harry Potter, de Batman y de Bob Esponja, que escapaban de las brujas negras con narices verrugosas que los perseguían volando en sus escobas.

A su paso, y ante el chirrido que hería los tímpanos, todo era un revoltijo de murciélagos, y los fantasmas se desplazaban a través de nuestros cuerpos, sin hacernos sentir más que un leve escalofrío.

* * *

Nos encontramos volando sobre el Mercado de Sopocachi, cuando me di cuenta que mi tío Romay en realidad no era mi tío Romay, sino que desde su cuello para arriba era un misterioso enmascarado de Supermán. Y yo tuve pánico de estar montada sobre los hombros de un desconocido.

¿Quién pudiese haberse disfrazado como mi tío Romay, imitando su voz a la perfección?

¿Por qué había sido tan bueno conmigo, sacándome del Valle de Sombra y de Muerte?

De verdad me estaba llevando a mi casa, porque desde el aire yo podía ver las ventanas de nuestro departamento. Inclusive vi cruzar de un extremo a otro de su dormitorio a mi mamá, que lloraba por mí y se limpiaba los ojos con una enorme sábana que le enredaba los pies.

* * *

Prudentemente, no le dije nada al disfrazado misterioso, como si no me hubiera dado cuenta de su engaño.

Simulé deslizarme para poder caer de pie sobre la vereda frente al mercado. Entonces, arrinconándome contra la pared, le dije:

—¡Tú no eres mi tío Romay!

Al ver que se acercaba a mí contra la pared con sus brazos abiertos, le hice un quite, y sosteniendo a mi Shadow contra mi pecho, me escapé metiéndome a una tienda de juguetes en la esquina de Guachalla y Ecuador.

Entonces él se da la vuelta y se desgarró la máscara de jebe que llevaba ceñida a su cara y a su cabeza. Y me dice con emoción:

—¡Mi chinita linda, mi cochecita, mi chanchita, soy yo!

Y grité corriendo a sus brazos:

—¡Papi, papi!

* * *

Me tomó de la mano y subimos caminando hasta nuestro departamento en un condominio de Alto Sopocachi.

Mi mami nos abrió, y exclamó mirándolo al Shadow con su bolsita de caramelos en su manita. Y le dijo:

—¡Muy bien, muchacho! ¡Muy bien, muchacho!

Lehitráót!

See you!

Au revoir!

Auf wiedersehen!

Firmado: Lili Ester Chávez Peña

3 LOS PRESTES DE TODOS LOS SANTOS

En Todos los Santos, que ahora se da por llamar en inglés, Halloween, desde que el Goni convirtiera a Bolivia en un estado satélite de su país, el país del Halloween, mi amigo Nicolás Sirpa Mamani me invitó a visitar algunos prestes. Yo no sabría cómo podría él, a su edad caminar largas distancias y subir a pie por las cuestas que conducen a La Ceja. Pero él insistió en darme un tour por los prestes, una especie de celebraciones familiares alrededor de un ser querido que ha partido al más allá.

Anduvimos largo rato por una callejuela desde donde se podía divisa el camino que conduce a la hondonada de La Paz, y de repente, cuando llegamos al final de la calle que mira al precipicio, me da un jalón y de repente nos encontramos flotando ambos en el vacío.

Pensé que para ambos había llegado el momento de unirnos a todos los santos, cuando observo que en lugar de estrellarnos contra el suelo, seguimos flotando y volando en dirección de los prestes tomados de la mano, como si yo fuera Dante, y él, Virgilio.

* * *

Me dice Nicolás al ver mi asombro:

—¿Acaso no sabías que podíamos volar para visitar los prestes de Todos los Santos?

Le pregunto:

—¿Estamos vivos, o ya nos hemos muerto?

—Estamos vivos, pero podemos volar a los prestes si ayunamos con la debida anticipación. Bueno, no habrás ayunado tú, pero yo sí he ayunado. Después te explicaré más detalles al respecto. Ahora, sujétate bien de mi mano, porque si te sueltas. . .

Le digo:

—Me estrellaré.

Me dice:

—No. Sólo volverás a la calle donde empezamos a flotar en el vacío.

* * *

Mientras volábamos hacia abajo, en dirección de los prestes, me dice:

—¡Te apuesto que tú sabes más de Halloween que de Todos los Santos. . . ¡Qué vergüenza! Por eso te propongo que visitemos unos cuantos prestes. Nos vamos a divertir mucho. A propósito, ¿sabes rezar?

—No. ¿Por qué?

—Porque si sabías rezar volverías a tu casa con un costalillo lleno de tantaguaguas, suspiros, masitas en forma de animalitos que vuelan, etc.

Seguimos volando a baja altura por encima de los prestes, siguiendo el declive de la gran hendedura dentro de la cual se ha formado la ciudad de La Paz. Entonces pasamos por el Valle de la Luna, un lugar lleno de cuevas fantasmagóricas de las cuales salían murciélagos gigantes que volaban a gran velocidad para escapar de las brujas negras que los perseguían volando para descuartizarlos y echarlos a sus ollas. A su paso, y ante el mugido que hería los tímpanos, todo era un revoltijo, pues también los fantasmas se desplazaban a través de nuestros cuerpos, sin provocarnos más que un leve escalofrío.

* * *

Entonces apareció cerca de nosotros un globo negro y mugroso hecho de cámara de llanta, pero era redondo como una pelota, y de su mugre pendía una gorrita de jugador de beisbol. Y a pesar que no tenía brazos ni manos, iba persiguiendo en el aire a una pobre guagua de cuatro años y lo molía a palos con su bate de béisbol.

¡Cuánta pena me dio escuchar los gritos de dolor de aquella pobre guagua. Y le pregunto a mi amigo Nicolás:

—¿Quién es ese globo mugroso? ¿Por qué le pega a esa pobre guagüita? ¡Lo va a moler a palos! ¡Lo va a matar!

Y me dice:

—Ese globo mugroso es Michael Moore, el cinematógrafo que pone reyes y quita reyes en Estados Unidos, y le pega duro a esa pobre guagua que no es otro que el niño George W. Bush, que acaba de cumplir cuatro añitos en el poder, y que quiere otros cuatro añitos más,

Le digo:

—Pero, ¿por qué le pega así ese maldito?

Me dice:

—Porque el George Bush se ha metido en su película Fahrenheit 9/11 para lanzar desde allí su comercial más efectivo para lograr su re-elección a la presidencia del país de Halloween. Ahorita mismo lo quiere derribar antes de que llegue a El Alto; porque si logra llegar allí. . .

Le digo:

—¿Qué pasaría si logra llegar allí?

Me dice:

—Si logra llegar allí sería reelegido como Presidente del País de Halloween. Pero mira qué vulnerable es Michael Moore que ha ocasionado la contraproducción de Fahren-Hype 9/11. A propósito, *hype* significa “drogadicto”, porque proviene de *hypodermic*, “jeringa hipodérmica”, aludiendo a la aplicación de drogas por la vía intravenosa. También significa “*deception*”, “*overstate*”, “*a statement to promote sales*”, “*a kind of put on of every pretentious film ever made*”. En una sola palabra, Michael Moore es un *put-on*.

* * *

Diciendo esto, Nicolás pasó cerca del globo mugroso, lo pinchó en el culto con un palito mondadientes, y el globo se desinfló haciendo fétido escándalo. Y volando en círculos, fue a caer en medio de unos collas que se habían reunido para celebrar su preste con banda de músicos y con mucho licor.

Entonces me dice Nicolás:

—He aquí que el globo de Michael Moore se ha desinflado y ha sido tragado por la tierra, y ya ningún daño nos puede hacer. Ahora que ya no hay peligro, y que estamos cerca de casa, si quieres acerquémonos a ese otro preste para ver cómo es.

Como a mí me gustan mucho las películas de terror y de misterio, acepté que voláramos cerca de ese preste, pero le rogué que no nos mezcláramos con la gente del preste, no sea que me hagan rezar. La verdad es que yo no sé ningún rezo.

Nicolás me dice:

—Sí sabes rezar. . . Puedes rezar ese rezo que rezaste en Pésaj.

Le digo:

—Ese no es ningún rezo. Es la bendición del pan, y está en hebreo. Nadie lo va a entender: “*Barij atáh, Motsí léjem min ha-árets.*”

—No importa. Es bien seguro que por ese rezo en hebreo te van a dar una tantaguagua gigante. ¡Vamos amigo, que no he comido nada desde el día en que empecé a ayunar!

* * *

No de buena gana acepté que nos metiéramos en el preste, porque vi entre la gente a mi tío Romay. Después de todo, era Halloween, perdón, era Día de Todos los Santos. Pero he aquí que cuando dimos la vuelta para descender en el preste, nos salió al encuentro un fantasma de verdad.

Esta vez no era un globo mugroso con gorrita de jugador de béisbol, sino un fantasma de verdad que también había salido para hacer de las suyas por tratarse de Halloween. Era flaco, de lengua barba canosa y mohosa, y en la cabeza llevaba un turbante. Y en su mano huesuda llevaba una calabaza color naranja.

Me dice mi tío Romay:

—¿Lo conoces? El ha grabado más video-clips que la Jennifer López y la Britney Spears, y ahora sólo se dedica a firmar autógrafos. Sobre los diarios de sus fans suele escribir: “Os ama. . .” Y luego estampa su firma gerencial.

Le digo:

—¿Quién es él? Tiene el aspecto de la muerte, y su color es blanco verduzco. . .

Me dice:

—Es Bin Laden y ha salido para asustar en Halloween. Pero vamos ganándole, porque seguro que también quiere meterse en aquel preste, para rezar.

Le pregunto:

—Pero, ¿acaso él ya se ha muerto? Yo entiendo que los fantasmas son en realidad los espíritus de los que han muerto, y que en determinadas circunstancias se hacen visibles.

Me dice:

—Ese es su problema. Su problema de él. . .

Inquiero:

—¿Cuál es su problema?

—Que él no sabe si está vivo o si está muerto.

* * *

Le esquivamos a Osama Bin Laden y descendimos al preste florido. Ellos nos dieron la bienvenida y nos invitaron a rezar por las masitas y los suspiros.

Al Nicolás le pedí que él fuera el que rezara por la tantaguagua que pusieron delante de él sobre una enorme bandeja, y lo hizo a perfección. Luego pudimos entrar al preste y verlo de cerca.

En el centro había unas largas cañas de azúcar, puestas de pie y amarradas en la parte superior, como si fuese el armazón de una choza de indios pieles-rojas.

Nicolás me dijo que todos los prestes de Halloween tenían esa estructura de cañas en el centro, porque las cañas paradas tenían la virtud de poder dar a conocer a los espíritus procedentes del subsuelo que ellos son bienvenidos en el preste como huéspedes de honor.

A un costado estaba un toldo repleto de cajones de cerveza, y unas cholitas con hermosas polleras de oro y plata servían fricasé de chanco, porque al finado, don Justino Mamani, dicen que eso le había sabido gustar. Por eso le sirvieron a él primero y se lo alcanzaron a donde estaba sentado sobre una silla, rodeado de los familiares varones, que tomaban con él cerveza Paceña, a pico de botella.

* * *

Entonces me dijo Nicolás:

—Pasemos al preste de al lado, y allí te toca rezar a ti, para que nos den más tantaguaguas y suspiros. Porque hay que llegar con algo a casa, no sea que tu mujer te vaya a resondrar por haber echado a perder la gran oportunidad de recoger bastante comida en la noche de Halloween, perdón, de Todos los Santos.

Le digo:

—Sí, pues. Cuando salí de casa contigo, ella pensó que me iba al Mercado Rodríguez.

Nos pasamos al preste de al lado, y nos invitaron a rezar por las tantaguaguas y por las masitas de toda forma y color, y nos dieron un enorme plato de suspiros decorados con colorante de color rosado en la puntita del pezón, porque los suspiros parecían tetas de chica adolescente.

Entonces vi en medio de todos los reunidos en ese preste al Papá Pitufo. A mí siempre me habían dicho que los Pitufos no eran verdad, y ahora tuve el privilegio de estar frente a frente al Papá Pitufo, y constatar que realmente habían sido azules y estaban vestidos con una bolsa azul, y tenían sus grandes gorras azules para abrigar sus cabezas peladas, porque resulta que los pitufos habían sido calvos de nacimiento.

* * *

Todos en el preste estaban reunidos para honrar al Papá Pitufo, y estaban dispuestos en círculo, tomados de las manos de él.

Pero ocurrió que el Papá Pitufo empezó sorprendentemente a comerse la mano del *yokhalla* que estaba a su derecha, y éste se la apartó bruscamente, presa del horror.

Entonces, al ver que ya era de día y los rayos del Sol empezaban a golpear nuestra espalda desde la dirección del volcán Illimani, le digo a Nicolás:

—Vámonos de aquí. Quiero volver a casa, no sea que me eche de menos mi mujer. Ella no se va a tragar el cuento de que volamos de preste en preste agarrados de la mano en medio de los fantasmas de Halloween, perdón, de Todos los Santos.

El Nicolás me dio satisfacción y nos desviamos en dirección de Alto Sopocachi, por encima de la multitud de prestes que estaban reunidos en cualquier jardín, parque o terraza como si fuera una tarde de picnic.

* * *

Mientras nos alejábamos de las bandas de músicos con bombos y trombones, le digo al Nicolás:

—No me va a creer mi mujer que vimos en un preste al Papá Pitufo. . .

Y Nicolás echó a perder mi fantasía al decirme:

—Los Pitufos no existen, doctor. . .

Le digo:

—¿Y qué del Papá Pitufo que estaba presente en ese preste? ¿Acaso no lo viste tú también?

Y me dice:

—Ese no era el Papá Pitufo. Ese era Yasser Arafat, que también se ha dignado visitar ese preste, y de paso ganar adeptos a la causa palestina.

* * *

Ya estábamos volando sobre el Mercado de Sopocachi, cuando Nicolás asentó sus pies sobre la vereda, y subimos caminando hacia nuestra casa.

Cuando llegamos a nuestro condominio, abro la puerta de mi departamento y me encuentro en el punto donde empezamos nuestro tour en La Ceja.

Nicolás Sirpa Mamani me sujeta de la mano y me dice:

—¡Cuidado se caiga abajo de La Ceja, doctor. Volvamos a su casa en el minibús; no hay manera de volver volando.

Le digo:

—¿Acaso no querías que visitemos los prestes allá abajo?

Me dice:

—Sólo quería mostrárselos desde aquí arriba. Mi edad y mi salud no me permiten caminar.

4

ANILLO DE QUINCEAÑERA

Temprano, aquella mañana de feria, el minibús partió de su terminal en Alcapoma, en la ciudad de El Alto, con sólo dos pasajeras y dos niños pequeños. Se esperaba que en su ruta se llenaría de gente, mayormente escolares.

Una de las pasajeras, la señora Jimena, tenía planeado seguir todo su recorrido hasta Alto Lima, un emporio comercial donde se encuentra de todo, tanto nuevo como usado, tanto “chuto” como con papeles, tanto robado como sin robar.

La otra señora, más joven, planeaba bajarse a la altura de la Escuela Bolivia, para dejar a sus dos pequeños hijos.

Más adelante subió un pasajero más, pero al darse cuenta que se había equivocado de minibús, se bajó en la cuadra siguiente.

El minibús iba casi vacío, lo cual resultó providencial.

* * *

Las señoras eran vecinas. Sus casas estaban a tan sólo una cuadra, y se conocían de vista en aquel barrio pequeño.

Mientras esperaban el minibús se habían puesto a conversar sobre cosas sin importancia, pero dentro del minibús el silencio se interpuso entre ambas, pues la madre se puso a acariciar a sus niños pequeños y a darles consejos al oído.

De repente, se despiden. La señora Jimena se quedó en el asiento del fondo, y su acompañante pidió al conductor que se detuviera cerca de la escuela para que bajara con sus niños. Pero antes de asentar su pie sobre la calle, la mujer cayó de bruces sobre el empedrado.

La señora Jimena se adelantó para rogarle al conductor que socorriera a la mujer, y con la ayuda de los otros pasajeros la subieron y la hicieron recostar a lo largo sobre el pasadizo, entre los asientos.

Los otros pasajeros, bajaron para esperar otro minibús.

* * *

Se quedaron en el minibús el conductor, la señora Jimena y los dos niños pequeños de la mujer.

El conductor y la señora Jimena se miraron a los ojos, sin saber qué hacer, acaso esperando que la joven mujer volviera en sí y se fuera con sus pequeños a la escuela.

La señora Jimena les preguntó a los niños si querían entrar a la escuela, pero ellos no querían separarse de su madre. Estaban inmóviles y en silencio, con sus caritas pálidas y humedecidas por las lágrimas.

El conductor, esperando que la señora volviera en sí, dio una vuelta a la manzana rumbo a la entrada de la escuela. Y al dar la vuelta en la esquina, el brazo de la señora se

deslizó bruscamente de sobre su pecho y golpeó toscamente el pie de la señora Jimena, causándole dolor.

La señora Jimena, sin fijarse tanto en el dolor que le ocasionó, le dijo al conductor:

—¡La señora está viva y vuelve en sí, porque acaba de mover su brazo! Quizás convenga llevarla directamente al hospital.

Pero decidieron hablar primero con el director de la escuela para ver qué se hacía con los niños.

* * *

El director de la escuela salió a ver el tumulto, y le comunicaron lo que acababa de ocurrir. El examinó el pulso de la mujer, y asustado les dijo:

—¡Esta señora está muerta!

—¡No! —respondió la señora Jimena—. ¡Está viva! ¡Ahorita mismo me golpeó con su mano sobre el empeine de mi pie!

—¡Está muerta! —repitió el director—.

Y la señora Jimena empenzó a llorar diciendo que estaba viva.

El director les indicó que lo correcto en un caso así era dirigirse a la puerta de Emergencia del Hospital Boliviano Holandés. El juicio de un médico pesaría más que todas sus aprehensiones.

El conductor y la señora Jimena siguieron su consejo. Pero los niños no quisieron separarse de su madre.

* * *

La señora Jimena le dijo al conductor que le acompañaría al hospital, porque conocía de vista a la señora, y él se alegró mucho de contar con una testigo, aparte del testimonio del director de la escuela, que le permitiese continuar con su rutina.

Mientras iban al hospital, la señora Jimena mantuvo su vista fija en el brazo de la mujer, esperando señales de vida y movimiento. Entonces se dio cuenta que lo que le había ocasionado tanto dolor en el empeine, no era tanto la mano de la mujer, sino un enorme anillo de oro maciso de fina artesanía.

¡Nunca había visto un anillo así, tan grande y con una bella esmeralda verde engastada en medio!

* * *

Los niños pequeños permanecían abrazados y en silencio, con sus caritas lloriqueando, pegadas una a la otra, cuando el personal de emergencia condujo a la mujer sobre una camilla rodante al interior de la sala de Emergencia. Entonces se acercó un médico para tomarle el pulso, y un escalofrío invadió a la señora Jimena cuando les dijo:

—La señora ha fallecido.

Se dirigió a la señora Jimena y le dijo:

—¿Es usted su familiar?

—No. Sólo somos vecinas.

—¿Cómo se llama la señora?

—No sé; sólo nos conocemos de vista. Ella vive a una cuadra de mi casa y varias veces hemos tomado juntas el minibús en la esquina. Pero estos dos niños son sus hijos; la señora los estaba llevando a la escuela cuando ocurrió su caída.

* * *

Los niños dijeron sus nombres y el nombre de la madre, Marlene, y fueron guiados por una enfermera a la oficina de Emergencia para que esperaran allí la llegada de su abuelita a quien irían a traerla de casa, porque no había teléfono para comunicarse con ella.

Los médicos y un policía de turno le dijeron a la señora Jimena:

—Señora, usted tiene que volver y avisar a sus familiares para que vengan a reconocer el cadáver y llevárselo, porque aquí no hay nada más que hacer.

El conductor del minibús se ofreció a llevarla de regreso a Alcapoma y a volver al hospital con sus familiares. Pero antes, tomaron precauciones de apuntar los nombres y los números de los carnets de ambos, y también el número de placa del minibús.

También apuntaron los nombres de los niños y del director del Colegio Bolivia. Con estas precauciones les dejaron ir, mientras una enfermera se encargaba de guiar la camilla rodante hacia una sala aparte de las instalaciones de Emergencia.

* * *

No pasó media hora cuando llegaron los familiares de la señora fallecida, entre ellas su madre, quien abrazó el cuerpo inerte de su hija en medio de un llanto incontenible. Recién en ese momento los niños dieron rienda suelta a su llanto contenido y lloraron desconsoladamente pegando sus caritas mojadas contra la barriga de su abuelita.

La madre declaró al doctor que su hija padecía de epilepsia, y luego de presentar sus documentos, el médico asentó la partida de defunción y les entregó el cadáver.

El conductor del minibús de nuevo se ofreció a llevarles a casa guiando a la ambulancia del hospital hasta Alcapoma, para terminar así su servicio humanitario. Pero la señora Jimena seguiría al lado de los familiares que se disponían a los ajetreos del velorio.

* * *

La señora Jimena no fue al velorio. Había tenido un día muy ajetreado y decidió quedarse en casa para descansar. Al siguiente día se acercaría para dar el pésame en el momento de acompañar el cortejo fúnebre al Cementerio General.

Al siguiente día acompañó a los familiares rumbo al cementerio, y al volver a casa el cansancio la tumbó y se quedó dormida hasta la madrugada. Cuando se despertó, las escenas de lo ocurrido estaban impregnadas en su mente con tal claridad y persistencia que empezó a sentir miedo. Pronto su esposo iría a su trabajo y ella se quedaría sola en casa, por lo que decidió ir de compras a La Ceja.

Fue al mercado muy temprano, y mecánicamente se despojó de la prisa. Al volver a Alcapoma iría a la casa de su vecina del frente huyendo de su soledad en pleno día. Por

teléfono le comunicó a su esposo de sus planes, pero decidió más bien ir a la casa de su tía Andrea en Santa Rosa.

* * *

En la noche se reunieron en casa los miembros de la familia, y la señora Jimena se acostó temprano a causa de su agotamiento. Un pequeño ruido la despertó a la media noche. Se mantuvo despierta un momento y volvió a dormirse hasta cerca de la madrugada. Fue entonces que tuvo esa experiencia conmovedora.

El brazo de Marlene le había dado un fuerte golpe en el empeine. Ella se despertó al sentir que recrudecía el dolor, y sintió una indescriptible alegría al ver que Marlene estaba viva. Se le apareció su carita sobre la cual ella tanto había fijado su mirada en el minibús esperando alguna señal de vida. De repente abrió sus ojos y le sonrió. Y le dijo: “¿Y mi anillo de quinceañera? ¿Y mi anillo de quinceañera?”

La señora Jimena se dio cuenta de que todo aquello de sus funerales había sido nada más que un sueño.

Marlene iba a decirle algo más, cuando de repente la señora Jimena se despertó con sobresalto, despertando también a su marido, y le contó su extraña experiencia.

* * *

El pánico volvió a asediarla cuando amaneció y en su imaginación seguía viendo la cara sonriente de Marlene que le decía: “Y mi anillo de quinceañera? ¿Y mi anillo de quinceañera?”

Ella no pudo tener paz aquel día, y decidió dejar de preparar la comida para ir a la casa de la madre de Marlene para preguntarle sobre el anillo que la difunta llevaba en su dedo. Pero la madre no se encontraba en casa. Nadie estaba allí; la familia sin duda estaba reunida en algún otro lugar. Sólo el perro se encontraba aullando con insistencia como si tuviera miedo del espectro de la difunta que rondaba en el interior.

Después de esperar un largo rato, ella se dirigió al Hospital Holandés para preguntar a los médicos si los familiares de la difunta tuvieron la iniciativa de recoger también sus valores personales cuando retiraron el cadáver del hospital.

Se encontró, justamente, con el Dr. Cuellar, el médico que había firmado la partida de defunción, y le dijo:

—Doctor, necesito hablar con usted en privado.

El doctor le vio muy atribulada y dejó de dirigirse para ver a un enfermo terminal y buscó un espacio para poder escucharla. Como no encontró uno apropiado, le pidió a una enfermera de la oficina de administración que saliera un momento para poder hablar con la señora.

Ella le dijo:

—Cuando venimos trayendo a la difunta en el minibús, en una curva violenta su brazo se deslizó con fuerza y golpeó fuertemente aquí, en el empeine de mi pie. . .

Le mostró el moretón, pero el doctor no le dio importancia, y como la mujer le pareció importuna le dijo:

—Ese moretón es poca cosa, señora. Estamos en Emergencia; ¿podría dejarnos atender a los pacientes terminales?

—No es el moretón, doctor. Es decir, sí es el moretón porque me lo causó su pesado anillo de oro que llevaba en su mano izquierda, al cual vi en todas sus características. Es un anillo que tiene engastada una gran esmeralda verde y brillante.

El doctor salía de la salita para obligarla a salir, cuando ella le dijo prorrumpiendo en llanto y terror:

—Anoche se me ha aparecido la difunta y me ha preguntado: “¿Y mi anillo de quinceañera? ¿Y mi anillo de quinceañera?”

El doctor paró la oreja y le dijo:

—Pero, ¿qué hace usted aquí? Usted declaró que no era familiar, que la conocía de vista. Vaya a preguntar a sus familiares por aquel bendito anillo, y por favor déjenos trabajar en paz.

Cuando el doctor hizo señales a la enfermera para que volviera a entrar a su oficina, la señora Jimena le dijo:

—Doctor, lo he hecho; pero la casa estaba sellada y solamente el perro no dejaba de aullar.

* * *

La señora Jimena volvió a su casa, y al pasar por la casa de la madre de Marlene la veía sellada. Recién pasada una semana pudo visitar a la madre de Marlene, que le dijo:

—¿En qué lugar se habrá quedado el anillo de oro que siempre llevaba en su dedo? Seguramente ese día presintió algo y lo guardó antes de llevar a los niños a la escuela. . .

—¡Ella tenía el anillo puesto, señor! ¡Yo lo vi cuando me golpeó con su mano en mi pie!

En ese momento le empezó a doler el empeine, como nunca antes, y se puso a sobarlo para aliviar el dolor.

—Entonces se ha quedado en el hospital. Allí deben habérselo sacado. Hágame el favor de acompañarme para reclamarlo, porque usted es testiga que ingresó a Emergencia con su anillo puesto.

—Señora, hace una semana que yo fui para preguntar por el anillo. Quise ir con usted, pero no le encontré en casa. Allá no me quisieron atender por no ser familiar; pero vayamos ahora a preguntar en el hospital.

* * *

El doctor Cuéllar se quedó un tanto inquieto cuando vio que la madre de la difunta y su vecina chiflada se acercaban de nuevo a él para hablarle del anillo. Y presintiendo que pudiera haber alguna demanda policial de por medio, decidió atenderlas.

—¡Ah, señora, usted otra vez!

Las invitó a pasar a la oficina.

La madre de la difunta prorrumpió en llanto y dijo:

—¡Ah, doctor! Ese anillo es el mayor recuerdo que necesito conservar de mi hija. Yo misma se lo obsequié cuando cumplió quince años.

El doctor Cuéllar se sintió profundamente conmovido y le dijo:

—¿Y por qué recién ahora se preocupa usted de su paradero? ¿Ya lo ha buscado bien en casa?

La señora Jimena dijo:

—Lo tenía puesto en su dedo, doctor. Yo lo vi. Tenía el anillo en su dedo cuando la enfermera lo metió en aquella sala.

Al escucharle, el doctor tuvo cierta inquietud, y mandando llamar a la enfermera le preguntó:

—¿Tenía la difunta que metió en la sala la semana pasada un anillo de oro en su mano?

—Así es, doctor. Yo tuve la precaución de sacarle el anillo, además de la cadenita de oro que llevaba en su cuello.

—¿Y dónde están?

—Yo misma la llevé a entregarlos a su señora madre el día martes, a la dirección anotada en el acta de la oficina de Emergencia, es decir, a Alcapoma. Es que la señora no tiene teléfono y esa era la única manera de hacérselo llegar.

* * *

Era justamente martes el día cuando la señora Jimena había ido la primera vez a preguntar al doctor Cuéllar por el anillo de oro y le contó lo de su sueño. El doctor recordaba los detalles de su sueño, y se veía asustado y muy servicial. Era martes, justamente martes el día cuando toda la familia estaba en la misa y reunidos con los familiares y amistades en La Ceja.

La enfermera continuó:

—La casa estaba sellada. No había nadie; sólo habían dejado al perro encerrado, y aullaba tan lastimeramente que me hizo correr de miedo de aquella casa oscura que me parecía embrujada. Por eso decidí no volver más allá.

—Muy bien, señorita —le dijo el doctor Cuéllar—. Es mejor que no haya vuelto a la casa, porque ahora puede entregar el anillo a su señora madre. Es mejor que haya constancia de que lo recogió aquí, en el día de hoy, a la hora. . .

El doctor se iba mirando su reloj pulsera, cuando algo le hizo que se detuviera en seco.

* * *

La enfermera recién se dio cuenta de la gravedad de sus nobles acciones, y llena de nerviosismo declaró:

—No lo tengo conmigo. Como no pude encontrarle a usted en su casa, se me ocurrió entregar la bolsa con el anillo y el collar a sus hijitos, pues ellos dijeron que estaban en la Escuela Bolivia.

Al escuchar estas palabras, el doctor abrió bien sus ojos y le preguntó:

—¿Lo entregó a los niños mismos? ¡Ellos son unos niños pequeños!

La enfermera respondió:

—No. Tuve la precaución de hacerlo a la dirección del colegio, para que ellos notificaran a sus familiares mediante una esquila que entregarían a los niños.

La madre de la difunta se agarró de la cabeza imaginando que hubieran abierto la bolsa en la dirección del colegio, de pura curiosidad, o que los niños pudieran haber perdido la bolsa y después haberse quedado callados.

El doctor le dijo:

—Entonces, entréguele la constancia a la señora.

Y respondió:

—No me dieron constancia, porque el director estaba ocupado y no me pudo atender. Tuve que dejar la bolsa en manos de la portera de la escuela, para que de inmediato se lo entregara a la dirección.

El doctor tuvo una extraña reacción de ira mezclada con preocupación, y le ordenó a la enfermera a dejar sus labores para ir de inmediato a la escuela junto con las señoras, para ubicar a la persona a quien había entregado la bolsa con los valores.

* * *

En el camino hacia la escuela nadie le dirigió la palabra a nadie. La enfermera, aunque parecía decir algo, se contenía.

Llegaron a la escuela y ubicaron a la portera en el patio, y le preguntaron qué había hecho con la bolsita.

Ella pareció sorprenderse, pero sin mostrar preocupación.

Le dijo la enfermera:

—¿Entregó al director la bolsa que le di?

—¿Cuál bolsa?

—La bolsa que le entregué para el director hace cinco días.

La madre de la difunta parecía derrumbarse al suelo cuando la portera se dirigió a un cuarto abierto detrás de la entrada de la escuela, y tomó la bolsa de sobre una silla.

—¿Esta bolsa? El director estaba ocupado aquel día, y a los niños Mamani no los he visto porque hace una semana que no vienen a la escuela.

* * *

La enfermera se apresuró a tomar la bolsa de sus manos. Miró dentro, y vio que el anillo y el collar estaban allí dentro, juntos con la nota que había escrito para el director del colegio. Y exhalando un suspiro y con los ojos mirando al cielo, los entregó conforme en las manos de la madre de la difunta.

La portera no podía creer lo que veían sus ojos: ¡Una descomunal bola de oro maciso y una cadena de oro estaban dentro de la bolsa que ella dejara momentáneamente sobre la silla del cuarto que siempre paraba abierto de día!

La enfermera le pidió un papelito, pero no había. Entonces, en el sobre de la carta que desocupó de su contenido, escribió las palabras: RECIBI CONFORME EL ANILLO

DE ORO Y EL COLLAR DE ORO: FIRMADO, SRA. VILMA VILLARROEL, MARTES 12 DE OCTUBRE.

Ese sobre llevó al hospital para entregarlo en la oficina de Emergencia, mientras la señora Jimena y la señora Villarroel se dirigieron a casa llenas de alegría.

* * *

En el minibús, la señora Villarroel le comenta:

—Mi hija era enfermita; desde pequeña le daban esos ataques.

La señora Jimena callaba.

Ella prosigue, tomando en sus dedos el anillo de oro. Y mirándolo con tristeza entremezclada con alegría, y entregándoselo a la señora Jimema le dice:

—En el día que cumplió sus quince años, yo misma le regalé este anillo y lo metí en su dedo. Ha sido lo único que yo le he podido regalar a mi hija adorada en toda mi vida. Ella jamás se lo sacó de su dedo, a pesar que varios le decían que llevarlo a todo lugar era muy peligroso.

La señora Jimena tomó por primera vez el anillo en su mano y constató su peso descomunal. Pero se lo entregó de inmediato porque de repente le sobrevino gran temor y le volvió a doler el empeine de su pie.

Sin hacer ningún comentario, le dijo:

—Vecinita, yo me bajo antes porque debo comprar algo de comer en la tienda.

Lo de la comida era un pretexto para bajar del minibús a causa del repentino temor que le sobrevino. De todas maneras entró a la tienda para preguntar por el precio de unas conservas.

* * *

La luz iluminaba la calle después de haberse ocultado el Sol. La puerta metálica de su casa seguía caliente cuando ella la empujó para entrar. Entonces se agacha para recoger una servilleta blanca que estaba sobre el suelo, justo detrás de la puerta.

La recoge, y está a punto de corrugarla para tirarla al tacho de basura, cuando lee sobre ella, escrita toscamente con bolígrafo rojo: GRACIAS SEÑORA JIMENITA.

Ella no entró.

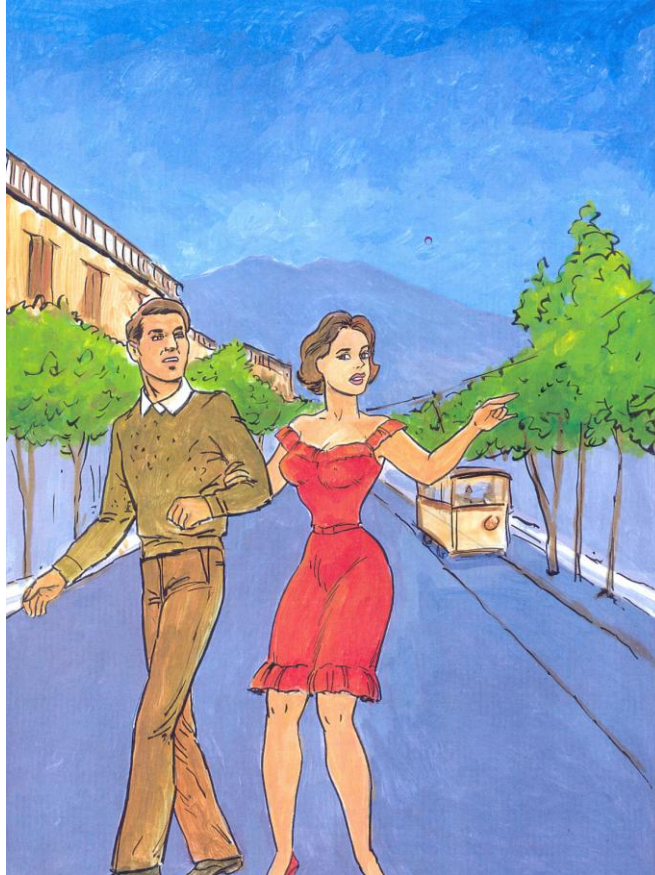
Dio media vuelta y salió bruscamente, cerrando la puerta con nerviosismo. De nuevo apresuró su paso a la tienda, simulando que compraría la conserva.

Allí se quedó un rato, cabizbaja.

La señora de la tienda la miró, pero no quiso hacerle preguntas.

Hizo que se sentara en un banco hasta que sus mareos se desvanecieran y ella pudiera volver a casa con seguridad.

5
LA DEL VESTIDO ROJO



Cuando vine a Lima para postular a la Universidad Mayor de San Marcos tuve una extraña experiencia que me traumatizó y que por mucho tiempo he evitado comentar. Quizás sentía que antes de revelar mi secreto debía reflexionar mucho, y por cierto, también madurar.

Y me refiero a “mi secreto” porque soy el único que conoce sus entretelones y su veracidad. Puedo asegurar que nada saben de ello ni sus familiares más cercanos porque juzgué que no era prudente ponerles al corriente, ni entonces ni después.

Si lo hago ahora, prefiero no incluir mi nombre, a pesar de que ha pasado medio siglo de lo ocurrido. También he llegado a la conclusión de que aparte del nombre del personaje central, no es dable cambiar detalles como el escenario, quizás a algún lector se le ocurra comprobar la exactitud de los hechos.

Muchos detalles han cambiado: Han desaparecido los tranvías del Paseo de la República, convertido ahora en la Vía Expresa. Y en cuanto a la florería de la cuadra 13 de la Avenida Riva Agüero, no sé si todavía estará en ese lugar.

* * *

Vine a Lima desde Cajamarca en el bus de TEPSA, sentado al lado de Don Artidoro Muñoz, a quien conocía de vista en Celendín. El era de una familia de escultores que vivía por El Cumbe. Era unos pocos años mayor que yo, y nunca me acostumbré a tratarlo de tú a tú.

Al enterarse de que yo iría a vivir en la casa de una tía, me dijo que no me convendría estudiar para los exámenes en un ambiente hacinado de gente.

—Te lo digo por experiencia —me dijo—.

Es que le conté que muchos eran los que vivían en esa casa de Barrios Altos, y que presentía que yo no sería bienvenido en el lugar.

El me habló de su cuarto-taller que tenía en un viejo inmueble del Jirón Azángaro, a pocas cuadras de la Plaza de Armas y de la Catedral:

—Es un solo cuarto, donde tengo mi cama y mi taller. Pero es amplio y tan bien ubicado, que si no hubiera sido por un traspaso, no lo hubiera podido conseguir.

Deseoso de compartirlo conmigo, me dice:

—Sólo hay un pequeño inconveniente. . .

* * *

Siendo él escultor, pensé que me diría que su cuarto estaba atascado de santos. Pero no. . . El se dedicaba a otro tipo de arte, como pronto pude comprobar.

Le digo:

—¿Cuál inconveniente?

Me dice:

El cuarto de baño es compartido con los otros inquilinos; pero no son muchos.

Intentando convencerme a toda costa, prosiguió:

—El water está separado de la ducha y del lavatorio.

* * *

Con lo del pago del alquiler a medias y la cercanía al Parque Universitario me animó a compartir su cuarto. No tendría que comprarme una cama, porque tenía un catre de fierro, plegadizo.

Al llegar a la agencia en Lima, y como en la casa de mi tía no me esperaban, acepté su invitación de ir a su cuarto y estar algunos días juntos hasta que finalmente decidiera qué hacer después.

Me dijo:

—Entonces, sosegadamente visitas a tu tía como para sondear el ambiente y ver cuán tranquilo o bullicioso es. Debes saber que la gente de Barrios Altos es muy fiestera y

pendenciera, y se hace peligroso transitar de noche por allí. Si te conviene, te quedas allí, y si no te conviene, ya sabes a dónde venir.

Así es que antes de ir a conocer la casa de mi tía estuve tres días con él, conociendo el centro de Lima y yendo y viniendo del Parque Universitario donde se encuentra la casona de la Universidad. Y al ver el hacinamiento en la casa de mi tía, donde tendría que dormir en el suelo, decidí aceptar la invitación de Don Artidoro.

* * *

El tendría unos cinco años más que yo. Era muy formal y entregado a su trabajo. No tenía necesidad de un taller con puerta a la calle. Le bastaba el cuarto que ocupaba, al cual se llegaba tras subir una larga escalera de madera, sólida aunque muy gastada y sin descansos. Para los viejitos era cansador subir, teniendo en cuenta cuán altas son las casonas coloniales del centro de Lima. Pero no era ningún problema para nosotros dos.

Su trabajo, que le daba suficiente para vivir, era muy interesante; lo que demuestra que el que de veras se propone lo consigue.

El era calígrafo; escribía con tinta china y letras góticas, y llenaba esos diplomas que se otorgan en los nidos, escuelas y colegios. El mismo iba con anticipación a los planteles y ofrecía sus servicios, y cuando conseguía chamba cumplía con exactitud. El averiguaba bien la correcta escritura de los nombres y apellidos de los graduandos y premiados y su trabajo nunca tenía los errores ni defectos que acarrearían contratiempos a última hora.

Olvidaba decir que tener teléfono en su cuarto en aquel entonces, le facilitaba mucho su labor.

Este trabajo le tenía ocupado día y noche cuando había graduaciones. Pero, ¿de qué vivía el resto del tiempo?

De eso me gustaría hablar, porque tiene especial conexión con esta historia.

* * *

El resto del tiempo acudía en las inmediaciones del cementerio a las tiendas donde hacen lápidas en mármol para los nichos y tumbas de los cementerios de Lima. Allí recogía pedidos de diseños de lápidas, y en su taller las diseñaba en papel calzón, en el tamaño convencional. Los artesanos que labraban el mármol sólo se limitaban a calcar sus diseños. Y pues, como en este rubro de los viajes al más allá nunca faltan los viajeros ni hay clientes morosos, trabajo no le faltaba. Es más, a veces se veía atascado, y es allí que recurrió a mis servicios a cambio de mi parte del pago por la habitación.

¿En qué ayudaba yo que no soy dibujante?

Pues iba a esas tiendas de arte funerario y recogía los pedidos que incluían bocetos provisionales para dar una idea de lo que quería el cliente. Cuando él tenía el boceto en sus manos, recurría al teléfono para concretar los detalles. A veces llamaba a los mismos deudos para asegurarse de los detalles de ortografía.

Luego yo me encargaba de llevar los diseños definitivos a las tiendas y a hacer los cobros respectivos. Hasta donde recuerdo, nunca se presentaron problemas o malentendidos, en gran parte debido a sus precios módicos y a su religiosa puntualidad.

* * *

Su taller se reducía a una amplia mesa de cedro, bien iluminada, tanto por una claraboya grande que daba justo encima de ese espacio, como por dos tubos de luz fluorescente que estaban encendidos de día y de noche en un dispositivo metálico pendiente de la claraboya con dos cadenas, hasta poco encima de nuestras cabezas.

En un estante, a su mano derecha, guardaba, de manera ordenada y pulcra, todas las plumas chatas, los pinceles, los frascos de tinta china, las témperas, los moldes de letras, las matrices de diseños, etc.

Sólo un año pude disfrutar de las relativas comodidades de ese céntrico lugar debido a la tragedia que paso a referir.

* * *

Don Artidoro, que como yo gustaba mucho de la música de la Nueva Ola —hablo de los años sesenta—, apareció un día con un disco que tenía una canción de moda, que decía:

*¡Estás insoportable
con tu vestido rojo!
Chiquita, estás que cortas
por los cuatro costados.
Y con tu caminar
me estás volviendo loco,
y tu carita de ángel
me tiene roto el coco.*

*¡Mira qué sabroso camina!
Así de medio lau,
Comiéndose un heláu.
¡Ay, pero mira qué sabroso camina!
Así, así, así de medio lau.*

* * *

Hubo un tiempo que el bendito disco estuvo dando vueltas día y noche, y ese tipo de música le ayudaba a él a trabajar, y a mí a estudiar para mi ingreso a la universidad. Nunca nos distraía de lo que hacíamos ambos. Y como eran los días sofocantes de verano y de playa, él me decía:

—Toma este sol y anda al chino de la esquina y te compras dos helados de lúcumas y de vainilla, uno para ti y otro para mí. Y cuida de no traérmelos. . .

Y lo completa con la entonación de la canción:

—Así, así, así de medio lau.

Tarde en las noches, cuando decidíamos acostarnos y apagábamos la luz, empezaba nuestra conversación al estilo de los sorochuquinos, que a veces se prolongaba hasta la

madrugada. Generalmente hablábamos de hembras, o comentábamos las cosas ocurridas ese día o esa noche. Por eso conozco más que nadie, y con toda probabilidad, únicamente yo, los últimos detalles de su historia final.

* * *

Esa noche, después de una larga semana de agobiante mutismo, se me ocurrió halagarle poniendo el disco con la canción que tanto le gustaba. Pero, sorpresivamente me pidió que no lo hiciera.

Le hice caso, muy sorprendido, dado que tanto le gustaba escuchar esa canción. Entonces, interrumpió mi silencio y me dijo que efectivamente ocultaba algo delicado que no me había podido contar antes.

Dijo:

—A propósito de esta canción te contaré lo que me ha ocurrido hace una semana. . .

Tras una breve pausa, prosiguió:

—No te he contado nada porque no quería afectar los preparativos para tus exámenes.

Nunca antes se había comportando conmigo de una manera tan reticente; por lo que le pregunté, muy inquieto, pero simulando mi inquietud con una dosis de humor:

—¿Te ha ocurrido algo con una chica de vestido rojo?

* * *

Mi pregunta, formulada al azar, terminó por preocuparlo más.

Dijo:

—Síii.

Le pregunto:

—¿Algo grave?

Me dice:

—Más bien, diría yo, algo extraño, muy extraño. Algo que me ha sumido en la zozobra, como tú mismo has podido observar.

Y me contó de un tirón su increíble historia, y ambos temblamos de consternación.

* * *

Me dijo que esa noche venía de Chorrillos rumbo al centro de Lima en el tranvía del Paseo de la República. La última parada en Lima estaba, como recordarás, en La Colmena, en la cuadra que da a la Plaza San Martín, y de allí a nuestra casa eran pocas cuadras, sin doblar ni una esquina.

Sería a eso de las 10.00 de la noche. No había mucha gente, y el tranvía se pasó de largo varios paraderos, porque nadie jaló la cuerda indicando que iba a bajar, ni había en los paraderos alguien que quisiese subir. Pero en Miraflores, a la altura del cruce de la Avenida Angamos se detuvo, y subió una señorita, justamente como la que describía la canción de moda, e impregnó el ambiente con su perfume de rosas.

Era agraciada, de piel clara tirando a pálida, y estaba vestida con un vestido rojo escotado y de canesú, que se estrechaba a la altura de sus rodillas, con brocado. Sus tacos altos, también rojos, eran de charol, y hacían relucir sus pantorrillas y el contorno de sus piernas blancas, majestuosas.

El me dice con enseño:

—¿Qué se habría hecho el poeta Pablo Neruda al contemplar esas piernas blancas desplegadas en toda su gloria?

* * *

La chica, se le ocurrió a Don Artidoro, se habría escapado furtivamente de algún compromiso de la alta sociedad, para dirigirse temprano a su casa.

Eso pensó, porque se la veía azarosa, aunque amable y comunicativa. Y evitando sentarse en el asiento delantero, que estaba vacío, avanzó a la parte céntrica del vagón, como si buscara sentarse cerca de él.

Con un leve movimiento de la cabeza respondió al amable saludo de Don Artidoro, que estaba recostado, cavilante, con su cara pegada a la ventana. Don Artidoro, al verse de repente agraciado con su presencia, se atrevió a decirle con un guiño:

—Estás insoportable con tu vestido rojo. . .

Y ella le respondió:

—Ah.

Intentó reír, pero no pudo ocultar su tristeza.

* * *

El tema de la canción de moda sirvió para romper el hielo, y se pusieron a conversar con confianza, aunque ella hablaba poco.

Con voz casi apagada, ella le dice:

—¿Va usted hasta el paradero final?

—Sí. ¿También usted, señorita?

Le responde:

—No. Yo me quedo en la Plaza México.

Efectivamente, se puso de pie con anticipación, y disponiéndose a bajar del tranvía en la Plaza México, le dice:

—Ha sido muy placentera su compañía, señor.

El se ofrece:

—¿Quisiera que la acompañe a donde va? Vea. . . Es de noche y hay poca iluminación. Si me lo permite será un honor. . .

Ella le dice que no es necesario, pero cambió de parecer:

—No voy lejos de la plaza, pero si no le es molestia acepto su amable proposición.

* * *

Don Artidoro bajó tras ella. De ese modo, ella se sintió segura en el momento de ser asediada por la mirada de los pocos pasajeros mientras avanzaba cadenciosamente por el pasadizo.

Así bajaron los dos, y el tranvía continuó su recorrido, escandalizando la noche silenciosa con su chasquido eléctrico y su traqueteo torturante sobre rieles aflojados.

En el paradero le dio la mano, y le dijo con voz siempre apagada:

—Soy Nancy.

Don Artidoro caminó a su lado media cuadra, y para su sorpresa ella le dice:

—De aquí prefiero ir sola.

—¿Ya llegamos a su casa?

—No. Mi casa queda muy lejos de aquí.

Pensando que ella tomaría un taxi desde allí, le dice:

—Yo la acompaño en el taxi, no importa qué lejos esté. No tengo prisa.

Ella le dice:

—No es necesario. Acompáñeme con la mirada cuando entro a aquella casa de la esquina.

Don Artidoro hizo como ella le pidió, y tras despedirse con un leve movimiento de su mano ella desapareció de repente en la esquina de la calle Enrique Villar con Paseo de la República.

* * *

Permíteme retroceder un poco en mi relato:

Antes de separarse, él le dijo:

—¿Será posible que nos volvamos a ver en esta ciudad tan grande y triste?

Ella no respondió.

El le dice:

—Es usted muy agradable, ¿sabe?

Ella no respondió.

El le dice:

—Podríamos comernos un heláu.

Ella le dice:

—Sólo si me busca en mi casa.

Sacó de su cartera roja, de charol, un papelito corrugado, y se lo dio diciendo:

—Esta es mi dirección.

El leyó el papel en el tranvía:

Nancy Yáñez,
Avenida Riva Agüero,
Cuadra 13 (sin número),
justo frente a la florería Yáñez.

* * *

Le sorprendió a Don Artidoro que ella tuviese el papel escrito de antemano, pero no le dio mucha importancia.

Guardó el papelito en el bolsillo de su camisa, y después de una semana de indecisiones fue a buscarla. Él confiesa que hubiera desistido de ir, si no fuera por el perfume de rosas con que estaba impregnado el papelito. Pero el día que decidió ir, el papelito por alguna razón desapareció.

De todas maneras, él fue porque tenía algunas cosas que hacer por allí.

Llegó al lugar, y se dio cuenta con que la florería estaba justo frente a la puerta principal del Cementerio El Angel.

Al ver muchas rosas en la puerta de la florería, se dirigió allá, y preguntó por la Srta. Nancy Yáñez.

Alguien le respondió, un poco sorprendido:

—Esta es la florería de su padre. . .

* * *

Un hombre de mediana edad se levantó de su silla que estaba junto a la caja de la florería y se adelantó.

Le dice a Don Artidoro:

—Perdone. . . ¿Cuándo habló con ella?

Le dice:

—La semana pasada. Hace exactamente seis días.

Le dice:

—Perdone. . . No puede ser. . .

—¿Por qué?

—Porque hace diez días ella falleció. ¿Dice que la conoció en Miraflores? Ella trabajaba allí, en la florería de un amigo nuestro.

* * *

Esto me contó Don Artidoro, atragantándose tras cada frase. Y después de una semana sin escuchar su canción favorita, él salió temprano a sus recorridos de rutina. No lo vi durante todo el día, no obstante que me quedé estudiando en casa y no salí ni siquiera para comer.

En la tarde tocaron a la puerta una señora y un caballero cuyo acento me era algo familiar. Ellos venían acompañados de dos policías de rostro agotado y sombrío que dizqué tenían orden de hacer un “reconocimiento domiciliario”.

¿Qué podría ser eso?

Un extraño presentimiento hizo que me atragantara y quedé enmudecido. Don Artidoro era muy honesto y formal, de modo que ciertas preguntas que hacían me parecían de más.

* * *

En ese momento se acercó otra mujer acompañada de la administradora del inmueble. Recién en ese momento a uno de los policías se le ocurrió decir:

—Mire, joven, ha ocurrido un trágico accidente. . .

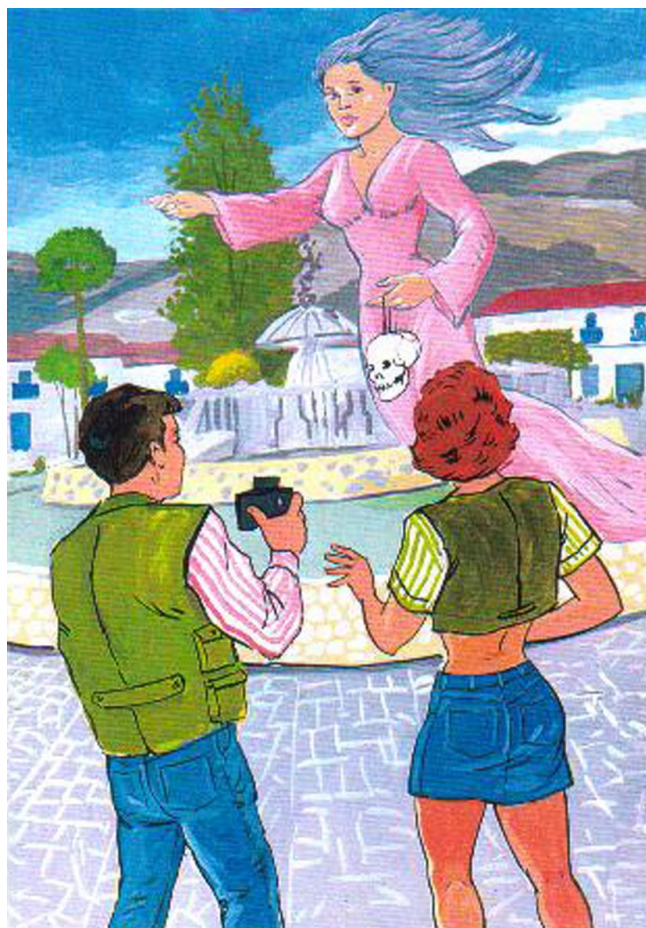
Y la señora que vino con él dijo llorando:

—A mi Artidoro lo ha aplastado el tranvía esta mañana en el paradero de la Plaza México. Se resbaló del estribo cuando el tranvía se ponía en marcha y el vagón que venía atrás lo aplastó contra la plataforma de cemento.

Entonces recordé lo que me contó don Artidoro: “Le pregunté a la del vestido rojo si fuera posible encontrarnos con ella en otra ocasión, ella squé respondió: “Me gustaría mucho, pero prefiero que sea en mi casa, en la Avenida Riva Agüero, cuadra 13, sin número, justo frente a la florería.”

Su casa no era la florería; su casa estaba “justo frente a la florería”, es decir, entrando al Cementerio el Angel.

6 LA FELICIANA



La historia de la Feliciana, la hermosa Cenicienta de Celendín, de trágico fin, ha adquirido con el transcurso del tiempo varias versiones, algunas un tanto diferentes en su trama.

Una versión la sitúa en los orígenes mismos de la ciudad de Celendín, cuando todavía convivían por separado los chilchos con los colonos europeos. Interesantemente, no se la asocia con los chilchos mismos, sino con los choctamallques, y se dice que fue una princesa nativa que no alcanzó a cruzar el río Miriles en la retirada de los Choctamallques hacia Chachapoyas porque era recién nacida y su madre se resistía a perder las esperanzas de que los valientes choctamallques volvieran a sus fueros al occidente del río Marañón.

Pero los que llegaron más bien fueron los colonos europeos, y allí empieza el dilema de la madre de la Feliciano respecto del destino de su hija, puesto que era de sangre real india y por tanto tenía el aliento de los dioses.

* * *

Una segunda versión dice que su madre era portuguesa y que no quería que su hija se juntara con la chusma.

Si fuese verdad que su madre era “portuguesa”, su historia podría estar relacionada con la leyenda de “La carroza de la judía” que ha sido rescatada de la tradición oral por el gran antropólogo shilico, Dr. Daniel Quiroz Amayo, y que hemos incluido en la antología relacionada con su bendita memoria. Su fe judía, antes que su abolengo, explicaría las razones para que esta trágica familia no se integrara con los demás pobladores de la naciente ciudad de Celendín.

Y una tercera versión ubica a la Feliciano en tiempos más tardíos y enfoca el carácter mezquino de la madre, a la cual acusaron del asesinato de su propia hija con el encubrimiento de autoridades corruptas y vendidas.

* * *

Sea cual fuese la versión correcta, y no estamos avalando ninguna, las tres tienen un común denominador: La actuación de la nodriza. Ella habría sido una india de origen chilcho, y vivía aislada tanto de otros chilchos como de los europeos, en una choza que tenía en Pumarume.

La nodriza, haya sido hechicera o no, es secundario, porque más que la madre de la Feliciano, ella habría sembrado en el alma de la niña valores eternos y quedó tan dolida de su muerte que al fin ella también desaparece de la escena sin que se sepa cuál haya sido su final.

Por supuesto, el común denominador de las versiones es que la Feliciano fue encontrada muerta en su encierro al cual le había confinado su madre. Se ha hablado de asesinato y se ha señalado como culpable a la madre, cuyo nombre se ha perdido. Este es el punto donde los hechos empiezan a desvanecerse.

* * *

Las causas de su muerte pudieron haber sido otras. De todas maneras su muerte conmocionó a los primeros habitantes de Celendín en aquellos tiempos cuando el lago de Chilindrín recién estaba en proceso de drenaje y la planicie donde se trazan las actuales calles todavía estaba vacía o con pocas casas y huertas sin trazo urbanístico.

El lugar donde estaría la casa de la Feliciano habría sido a ruta a La Tranca o más probablemente en el lugar donde en la actualidad está la capilla de La Feliciano —que las autoridades católicas le han cambiado su nombre a “Capilla de la Virgen de Lourdes”—.

El hecho de que esa parte de antigua campiña haya heredado su nombre confirma que los hechos ocurrieron en dicho entorno y de manera tal que robaron la paz de la población desde sus primeros momentos.

* * *

Existe un factor más que ha de tomarse en cuenta, si acaso después de tanto tiempo se pudiese arribar a conocer la verdad de los hechos: La calavera, o para hacer las cosas más difíciles, las dos calaveras que se asocian con esta historia.

Cuando yo era un niño pequeño, juntos con mis amigos de la infancia pasábamos por la capilla de La Feliciano, edificada solitaria. Nos acercábamos allí con temor, a pesar de ser de día. Los rayos de luz solar iluminaban el interior de la capilla que tenía sus puertas selladas. Pegábamos nuestros ojazos curiosos y escrutadores a las rendijas de las puertas, y recuerdo que vi una imagen pequeña en el altar, y en el lado derecho del altar, como quien se entra, estaba sobre una mesita una calavera.

* * *

La única asociación de esa capilla con el nombre de la Feliciano es que esa parte de la campiña había heredado el nombre de esa muchacha angelical. Nadie ha asociado milagros con la memoria de esa joven. Tampoco se trata de una capilla erigida en su memoria, sino de un oratorio. La capilla fue originalmente la tienda donde se veló la Feliciano convertida en el oratorio del Padre Cayetano, en el solar que el cura adquirió para él mismo.

Pero, ¿de quién era esa calavera? ¿Y por qué se conservaba en la capilla?

La explicación que nos da la persona encargada de la custodia de la capilla es que se la había encontrado en las inmediaciones del solar, y al construir la nueva capilla el Cura Mundaca decidió volverla a enterrar tras un ritual de respeto a las ánimas benditas.

Pero las tres versiones de la leyenda indican que era la calavera que acompañó a la Feliciano todo el tiempo que su madre la encerró en el piso alto de su casa, que después fue demolida.

¿Sería la calavera que la nodriza usaba en sus rituales de brujería?

¿O sería la calavera de la nodriza misma?

* * *

Las cosas ocurrieron en aquellos días cuando había poquísimas casas en Celendín, y en lo que ahora es el barrio de La Feliciano no había más que una sola casa, una casa de campo: La casa donde vivían una mujer de procedencia europea y su hija. No se menciona al padre o a otro familiar.

Cuando la Feliciano creció y se convirtió en una hermosa muchacha adolescente, la madre habría mandado construir un muro alto alrededor de aquella casa para que no pudieran acercarse a su puerta los muchachos que se sentían fuertemente atraídos por aquel ser humano de excesiva belleza y bondad.

Cuando la Feliciano tendría unos quince años y tendría un enamorado secreto, la madre habría construido un segundo piso, que a manera de torre no tenía ventana ni balcón.

Se cuenta que allí tuvo encerrada a su hija, lejos del calor del Sol. Se cuenta que por entre las tejas lograba escabullirse furtivamente un haz de luz que iluminaba una repisa

sobre la cual había una calavera. La continua exposición de la calavera a la luz solar habría sido la causa de su aspecto albeo y brillante.

La madre quitó la escalera de maguey, y sólo la volvía a poner la india que le había servido de nodriza para llevarle sus alimentos “hasta que llegara el momento”. . .

* * *

En este punto empieza a entretenerse la leyenda: ¿Hasta que llegara el momento de qué, para qué?

Hay los que piensan que la madre tenía el compromiso de darla en matrimonio a alguien que debía llegar y que nunca llegó.

Otros piensan que la madre idolatraba su belleza y su virginidad, que enfermizamente quería conservarla a toda prueba. Pero esto se convirtió en una aberración.

No faltan los que piensan que la madre le celaba. Podría haber algo de verdad en esta versión, porque cuando las madres son muy jóvenes, y además “chiboleras”, cosas como éstas pueden ocurrir, y ocurren.

* * *

No se sabe cuánto tiempo habría tenido esa madre encerrada a su hija ni cuanto tiempo pasaría hasta que los muchachos se percataran del silencio del alma de la Felicianita.

Es posible que alguno de ellos haya estado espiando y pueda haber visto desde la copa de algún árbol alto a la madre o a la nodriza subiendo tazones de comida o bajando becenicas a tutiplín. En esos tiempos no había eucaliptos en Celendín.

Todos llegaron a enterarse que en ese tenebroso lugar se encontraba encerrada la Felicianita, y más de un príncipe azul shilico habrá soñado con sacrificar su vida para librarla de su prisión.

Hay quienes creen que su amante pudo burlar la vigilia, acaso con la ayuda de la nodriza. Quizás esto explica el hecho de la desaparición de la india.

¿Y qué hacía allí la calavera?

¿Serviría para torturar a la niña?

Aun a una persona mayor, una calavera le asusta, debido a que es el resto más expresivo de una persona muerta. Una calavera siempre tiene asociaciones espeluznantes.

La presencia de dicha calavera al frente de la cabecera de su cama, a la cual dejaba de ver cuando caía la noche y volvía a ver cuando amanecía, habrá sido algo aterrador.

* * *

Se cuenta que cierta mañana la madre bajó al pueblo, gritando y arrancándose los pelos diciendo que algún malvado había invadido la privacidad de su casa y habría abusado de su hija hasta dejarla muerta. En su desesperación y paroxismo decía que al juzgar por los destrozos no habría sido uno, sino varios violadores.

El escándalo era grande en la población, y lo sigue siendo aun hoy día, porque era un hecho consumado que aquel ángel de Dios había sido arrojada en brazos de la muerte.

La madre no escondió el cadáver; la expuso en un suntuoso velorio, en su casa de campo. Pero no se le ocurrió que al día siguiente, a la hora del entierro, a las autoridades se les ocurrió una coartada fatal: Los alguaciles fueron a la casa con la orden de llevarse el cadáver, no a la tumba, sino a una casa que funcionaba como comisaría en la parte disecada de la naciente ciudad. Allí esperaban varias comadronas que examinaron el cadáver.

La respuesta unánime de ellas era que la Feliciano era una chica virgen. Y como no había señales de golpes y magulladuras, todas decían que se no haber sido muerte natural, habría sido envenenada.

Acto seguido se procedió a enterrarla.

* * *

Al día siguiente, cuando los alguaciles se acercaron a la madre para explicarle que la ley les asistía, y para pedirle disculpas y darle su sentido pésame, dicen que se encontraron con una mujer agresiva que les cerró la puerta en sus narices.

Esa actitud de ella les facilitó a dar el segundo paso en la investigación de la tragedia: Subir a la torre y verificar si en verdad había rastros de vandalismo, como ella había denunciado.

Como resultado de esa visita en que no se vio ninguna otra cosa que su cruel aislamiento, los alguaciles entregaron a sus superiores un pequeño paquete que contenía la calavera blanca, lo cual sirvió para abrir una nueva fase en la investigación de la culpabilidad de la mujer que algunos señalan como que era judía, porque no tenía ninguna conexión con la gente o con la Iglesia Católica, incluso en las circunstancias de los funerales de su hija.

* * *

¿Qué pasó con la madre? ¿Por qué ninguna versión ha logrado dar con su nombre?

Si ella fue culpable, ¿tuvo cómplices?

¿Por qué no hubo condenados?

¿Por qué se suspendió la investigación?

Y para cerrar con broche de oro la leyenda, se cuenta lo que le ocurrió al jefe de los alguaciles: Se le presentó la misma Feliciano, vestida de su mortaja rosada y llevando en su mano derecha la calavera blanca que siempre le acompañó en su corta existencia.

Dicen que el hombre se alocó hasta el punto de no poder distinguir si aquella experiencia fue una pesadilla o una visión de la realidad.

* * *

La Feliciano se apareció en varias ocasiones a diversas personas, y todos la describen como una hebra de hilo blanco que va cobrando cuerpo hasta adquirir el contorno sensual de una hermosa chica quinceañera vestida de rosado que lleva en su mano derecha una calavera blanca resplandeciente como la Luna llena.

Otros han visto que la calavera precede a su aparición, confundándose con una esfera con luz propia que se desplaza a pocos centímetros por encima del suelo. Mi sobrino Elmer refiere este fenómeno que le ha dejado petrificado.

También se cuenta que en más de una ocasión ha actuado como correo para ayudar a los enamorados y amantes a quienes sus padres les hacen la vida imposible.

Hasta el día de hoy la Felicianita ronda el emplazamiento de la Plaza de Toros Sevilla, que previamente se llamaba La Felicianita, como la capilla cercana. Y cuentan algunos que se presta para guiarles en el paraíso de Celendín como la bella Beatriz Portinari hizo con su amado, el Dante Alighieri cuando visitó el infierno.

7
**EL SECRETO DE LA FELICIANA
 REVELADO**

¿Cómo partió la Feliciana a mejor vida?
 ¿Por qué se suspendió la investigación respecto de su muerte?
 ¿Por qué no hubo sentencia ni sentenciados?
 ¿Seguirá ella siendo un alma en pena?

* * *

Han pasado más de dos siglos desde que ocurriera la tragedia, y el silencio cómplice parece haber logrado su objetivo de convertir la historia en leyenda, la dimensión de la conciencia humana donde ya no existen los nombres, ni el hambre y sed de justicia.

Pero gracias sean dadas a Dios que mueve a seres justicieros en países y siglos distantes cuando los de cerca prefieren no confrontar los hechos por algún temor.

Por eso, los científicos nos hemos propuesto suplir a los magistrados de oficio y hemos descubierto el crimen cometido contra ese cazador del Período Paleolítico cuyo cadáver ha sido milagrosamente conservado en la tundra.

Por eso le hicimos justicia a una momia egipcia de tres mil años de antigüedad, al practicarle, *ex tempore*, la autopsia de ley.

* * *

De los que piensan que la justicia no prescribe y que es posible apaciguar a las almas que penan, es Mr. Iain Mackay, el Agente 0028 de la New Scotland Yard.

En la cima de su gloria logró esclarecer el misterio y logró involucrar en la investigación del caso a los dos únicos testigos sobrevivientes. . . ¡y dio en el clavo!

Han pasado más de dos siglos. Según su Report, la evidencia acumulativa indica que los hechos ocurrieron cuando el lago de Chilindrín estaba en su última fase de drenaje y la planificación urbana era reciente.

Estamos hablando de antes de 1770, cuando Carlos III era rey de España y el Padre Cayetano aun no había llegado a este rincón encantado del planeta.

* * *

Unos pocos años después, y por razones convincentes, el Padre Cayetano mandó construir su casa pastoral en las inmediaciones del escenario de la partida de la Feliciana. Me refiero a la casa de campo que llamaban “la Concertina” a causa de su plano hexagonal, de la cual existe su armazón como si se tratase de un esqueleto.

Cuando él se mudó allí, a un costado de lo que ahora es la plaza de la Feliciana, se dio cuenta de que no sería fácil deshacerse de la gente sedienta de su bendición pastoral, y

mandó disponer un modesto oratorio privado y público a la vez en el solar que antes había pertenecido a la madre de la Feliciano, a escasos cien metros al sur de la Concertina.

Por lo regular, un oratorio era una habitación en una casona católica pudiente y practicante, pero él prefirió construirlo aparte, quizás para reclamar el solar para la fe católica, como que ahora es, la Capilla de la Virgen de Lourdes. Siendo un oratorio, no estaba asociado con el nombre de un santo o una santa, y siguió así después de la muerte del venerable sacerdote. No obstante, convertido en oratorio y capilla, siguió asociado con la memoria de la Feliciano porque en ese emplazamiento fue ella velada, acontecimiento que atrajo a mucha gente de la villa y porque quedó impregnado de su sensibilidad.

* * *

El punto de partida de la investigación del Agente 0028 es, casualmente, que una capilla católica no tenga nombre ni sea asociada con un acontecimiento de la historia eclesiástica o algún hecho circunstancial relacionado con la fe católica. Esto, que para la generalidad de los investigadores carecía de significación, de repente se convirtió en un géiser de interrogantes que él intentó responder mediante el montaje de las tradiciones que restauró de los cuentos de almas de los velorios del lugar.

Don Alfonso Peláez Bazán conoció la tradición que la asocia a los choctamallques y dice que ella fue una princesa nativa que no alcanzó a cruzar el río Marañón en la retirada hacia Chachapoyas, porque cuando esta ocurrió era recién nacida. Esta versión puede ser eco de una remota tragedia pre-incaica.

Otra versión dice que una dama portuguesa no quería que su hija se uniera con la chusma, sino con alguien de su raza y de su pueblo. Designada como “portuguesa”, ella podría haber sido de origen judío, porque en tiempos coloniales a los judíos que llegaron al Virreinato del Perú los llamaron “portugueses”. Esta versión podría tener alguna conexión con la leyenda de “La carroza de la judía”, que el Dr. Daniel Quiroz Amayo ha rescatado de la tradición popular.

Y otra versión subraya el carácter perverso de la madre a la cual se asocia con la brujería, y con el encubrimiento de autoridades corruptas y vendidas.

* * *

Las tres versiones tienen como común denominador:

Que la Feliciano era una muchacha adolescente, extremadamente bella y querida en la villa de Celendín.

Que era de una familia de alcurnia, y como tal tenía su nodriza que le acompañaría a todo lugar. No hay razón para desechar la tradición que la presenta como la familia de una india de Pumarume que bajó con su marido para labrar las tierras de la Feliciano. Tampoco nos consta que haya sido hechicera. Más bien, parece haber sembrado en el alma de la niña valores eternos.

Que la muchacha fue encontrada muerta en su encierro en su propia casa. Se habló de violación o asesinato. Se señaló a la madre como autora intelectual, y había los que creían que la hechicera de la historia no era otra que la misma madre. Pero cuidado, esta versión podría no estar libre de polvo y paja, es decir, de antisemitismo.

* * *

Volviendo a su Report, Mr. Iain M. Mackay, el Agente 0028, logró involucrar en la investigación a las dos únicas testigos sobrevivientes en Celendín. El Doctor Nelo, el Cura Mundaca y el Periodista Mulloshingo lo llevaron a la solitaria capilla para que el agente los entrevistara personalmente. El cura abrió el candado y se las presentó:

Allí estaban las dos calaveras que hasta ahora último habían guardado silencio, porque en su tiempo no les había sido permitido hablar.

El Agente 0028, cuya fama de científico chiflado no era poca cosa, se propuso interpelearlas por separado, y después, juntas a las dos.

Eran las mismas calaveras que vi con mis amigos cuando yo era pequeño. Nos acercábamos con miedo a la rendija de la puerta de la capilla. Era cerca del medio día y los rayos del Sol iluminaban diagonalmente el interior de la capilla que tenía sus puertas con candado.

Pegamos nuestros ojazos escrutadores a la rendija y vimos la imagen de un santo poncherejo, y en el lado derecho, sobre una mesita, estaban puestas las dos calaveras, una al lado de la otra. Eran blanqueadas; lo que señalaría su antigüedad.

* * *

El Doctor Nelo le dice al Agente 0028:

—Dicen que una es de la Feliciano, y la otra es de la mujer que le acompañó todo el tiempo que su madre la tuvo encerrada en una torre sin ventanas. O quizás la que la hechicera, la nodriza, utilizara en sus rituales de nigromancia. El problema es que ambas calaveras parecen tener la misma edad; lo que no nos hablaría de una nodriza, sino de una dama de compañía. Me refiero a una joven que debía acompañarla a todo lado.

Muy interesante la observación del Doctor Nelo sobre la edad que acusan ambas calaveras. Pero considere con cuidado el Report del Agente 0028 que a las calaveras las designa como “X” e “Y”, utilizando las letras del alfabeto que se refieren a valores matemáticos por conocer.

* * *

O boy! ¡Basta de especulaciones! Las calaveras no tendrían nada de conexión con los hechos, como bien observa el Report.

Cuenta la leyenda que cuando la niña llegó a la pubertad, su madre habría mandado construir un muro alto alrededor de su casa de campo para que no pudieran acercarse los muchachos de la villa atraídos como moscas por la miel de aquel ser angelical.

No importa lo que hiciera su madre, cuando la Feliciano cumplió quince años ya tenía enamorado, entonces su madre construyó un segundo piso a manera de torre sin ventanas. Allí la habría encerrado más de una vez.

Se cuenta que por entre teja y teja lograba inmiscuirse furtivamente un haz de luz que caía sobre una repisa que estaba en el lado opuesto de la cabecera de la cama. Sobre esa repisa habría sido conservada una de las calaveras.

* * *

El Doctor Nelo le dice al Agente 0028:

—Se dice que la madre quitó la escalera de maguey por la cual subían para llevarle alimentos, a fin de mantenerla con vida hasta que llegase el momento.

Este pregunta:

—El momento, ¿para qué?

El Doctor Nelo responde:

—Quizás la había casamentado con alguien que llegaría de ultramar y que por alguna razón nunca llegó. Otros piensan que la madre idolatraba enfermizamente su belleza.

El Cura Mundaca les dice:

—Otros piensan que la celaba. . .

El periodista Mulloshingo toma notas mientras el Agente 0028 les escucha en silencio y no comparte con ellos lo que pensaba: Que la madre quería eliminarla porque la muchacha sabía de quién era la calavera.

* * *

En la villa los muchachos se enteraron que la Feliciano estaba encerrada allí en esa torre. Alguno que estaba espiando vio a la madre subiendo tazones de comida y bajando basenicas a tu tiplín.

Más de uno habría intentado librar de su encierro a la princesa, y parece que alguien pasó del dicho al hecho y llegó a la torre, quizás con la complicidad de la nodriza. La consecuente huida de ésta a Pumarume habría sido la causa de su desaparición definitiva., pues parece haber sido asesinada en su mismo lugar de origen.

La cabeza de la nodriza, arrancada de su cerviz habría servido para aterrorizar a la muchacha, como que ella también estaba condenada a convertirse en calavera, sin pelos que peinar ni labios con qué a besar.

Habría sido aterrador verla desde el alba hasta que caía la oscuridad, y dormirar en su compañía.

* * *

Así las cosas, cierta mañana la madre bajó a la villa arrancándose los pelos y gritando que un malvado había profanado el lecho de su hija abusando de ella hasta dejarla morir. En su paroxismo decía que al juzgar por los destrozos en el inmueble y en la muchacha habrían sido siete los violadores. El escándalo era mayor en esta población tranquila donde todos están de algún modo unidos por vínculos familiares.

La madre la expuso en su ataúd vestida de su vestido favorito, uno de color rosado, y no atendía a los acompañantes por estar postrada sobre el féretro mojándolo con su llanto.

A la hora del entierro, los alguaciles fueron a la casa con la orden de poner de lado a los que llevaban el cuerpo a su fosa, para llevárselo abajo a la villa y a la comisaría. Previamente habían reunido allí a varias comadronas para que examinaran el cadáver y

dieran su parecer: ¿Había sido violada? Y si eso fue lo que ocurrió, ¿cuántos habrían sido los violadores?

Su respuesta fue unánime: Ella era virgen. Y como no había señales de golpes ni magulladuras, todas decían que habría sido envenenada.

Acto seguido los alguaciles devolvieron el cadáver y se prosiguió como si nada hubiese ocurrido. Esa era la coartada.

* * *

Temprano al día siguiente, cuando dos alguaciles visitaron a la madre para darle el pésame, se encontraron con una mujer furibunda que les cerró la puerta en sus narices. Fue para su propio mal, porque ellos examinarían la torre sin ventanas, y no encontraron huellas de vandalismo. Y entregaron a sus superiores un misterioso paquete.

La madre fue llevada para hacer declaraciones y se comportó con naturalidad hasta que abrieron el paquete en su presencia.

Le preguntaron:

—¿De dónde salió esta calavera que los alguaciles encontraron en la torre?

Respondió:

—Yo nunca entré a ese cuarto del altillo. Esta calavera. . . ¡cómo habrá asustado a mi niña!

* * *

La reconstrucción de los hechos dos siglos después no ha sido nada fácil, y con Su Honor, Mr. Iain M. Mackay, el Agente 0028, hemos llegado al convencimiento de que lo que ocurrió fue con la complicidad de las autoridades, porque no se pudo responder las siguientes preguntas:

¿Por qué se suspendió la investigación del crimen?

¿Por qué no hubo sentencia ni condenados?

¿Quién vendió o hizo el donativo del predio de la capilla de La Feliciana al Padre Cayetano?

¿Es la Feliciana un alma en pena hasta que se diluciden los hechos?

El Agente 0028 ha llegado a sus propias conclusiones, pero antes de escucharlas tomemos en cuenta algunos testimonios adicionales.

* * *

Se cuenta de algo espeluznante que le ocurrió al comisario: El fantasma de la Feliciana se presentó en su casa llevando en su mano la calavera que le acompañó en su encierro. Empezó a materializarse a partir de una diminuta hebra de humo y cobró cuerpo hasta adquirir el contorno sensual de una hermosa quinceañera vestida de rosado, y la calavera se encendía como un foco de luz blanca.

El comisario enfermó y se murió después de la fase inicial del interrogatorio, porque al abrir la caja de seguridad donde tenía guardada la calavera, ésta había desaparecido.

—¿No sería ésta la coartada de la Feliciana para que se descubriera a los culpables?

—Se cuenta que la Feliciano actúa como postillón y lleva recados a los amantes para burlar a los que intentan sofocar su amor.

—Don Elmer Machuca atestigua haberse encontrado en la plaza con una bola de luz desplazándose coquetamente casi al ras del suelo, intentando enredarle en medio de la oscuridad. ¡Que conste que estaba sanito y en su juicio cabal! Prueba de esto es que no dice haber visto a la Feliciano.

—Y a los paisanos que visitan el terruño se ofrece a guiarles como guía turística tal como hizo Beatriz Portinari con su amado Dante Alighieri, cuando visitó el infierno.

* * *

Ahora bien, de acuerdo con el Report del Agente 0028 respecto de la identificación de la Calavera “X” hay dudas, aunque se sospecha. Y respecto de la Calavera “Y” se sabe que fue de la nodriza.

El periodista Mulloshingo inquiriere:

—¿Cómo puede usted estar tan seguro de eso?

El Agente 0028 responde:

—Mire usted, la calavera ha sido sancochada para limpiarla totalmente de su contenido encefálico. Y una vez oreada se le ha introducido un pequeño fragmento de pergamino por la cuenca del nervio óptico izquierdo.

Le entrega el fragmento de pergamino, ahora extendido en medio de dos placas de vidrio, y se puede leer: YO SOY TU NODRIZA.

* * *

El éxito del Agente 0028 para identificar la calavera “Y” asombra al periodista Mulloshingo que exclama:

—¡Entonces la Calavera “X” es de la Feliciano!

El Agente 0028 responde:

—Esa es mi sospecha. Pero para confirmarla se requiere responder satisfactoriamente a la pregunta: ¿Cómo es que llegó a ser conservada en el oratorio del Padre Cayetano? ¿Quién, y con qué autoridad la exhumó?

Le preguntan:

—¿En qué quedamos, Su Honor?

—Y responde:

—*To be or not to be. That is the question!*

Y concluye, refiriéndose al hecho de que ha sido vuelta a la tierra por orden del Padre Mundaca:

—*Quia pulvis es et in pulverem reverteris.* Y en mi opinión, no hubo ningún crimen, sino solo una madre que no quería que su hermosa hija tuviera enamorados sorochuquinos o de Yanacancha. Su crimen, si se trata de hablar de crimen, es que la vigilaba a la mocosa más de la cuenta y en más de una oportunidad la encerró. De otro modo, el Padre Cayetano no habría comprado una casa asociada con un crimen, para convertirla en un oratorio. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

* * *

A otros agentes de la New Scotland Yard que quisieran visitar Celendín para investigar por cuenta propia, les diré que la Capilla de la Feliciano, ahora Capilla de la Virgen de Lourdes, se encuentra a 150 metros del comienzo del caminito que se aparta hacia el este de la carretera que conduce al Bosque, a la quebrada de Chupset y a la Poza del Cura (del Cura Cayetano). Si la visitas, observarás que su fachada mira a la “Concertina”, la casa del Padre Cayetano, situada al lado oriental de la Plaza de Toros “La Feliciano” (ahora Plaza de Toros Sevilla).

—¡Ya! ¡Basta!

—¡Basta de tanta sonsera! Todo lo que acabas de referir son puras sonseras. La Feliciano simplemente murió a corta edad, destrozando en primer lugar el corazón de su propia madre. Y fue porque era tan bella, y porque su madre exageraba en cuidados respecto de ella, que se entretejió toda la trama de sonseras. De otro modo, el Padre Cayetano no hubiera convertido en oratorio justamente la sala donde ella se veló.

8 EL FANTASMA DE ENRIQUE VILLAR

Cuando mis padres se trasladaron de Celendín a Lima, donde yo estaba estudiando mi segundo año de secundaria, alquilamos una pequeña y linda casita que quedaba en la esquina de la calle Enrique Villar y el Paseo de la República, en el distrito de Santa Beatriz, y cuya entrada daba a Enrique Villar.

Allí vivimos sólo un año, o menos, pues compramos una casa a una cuadra de la Plaza Manco Capac y nos mudamos allá. Pero de tiempo en tiempo, cuando visito Lima y paso por las cercanías de aquella pequeña casa, me detengo para mirarla desde afuera, simulando mi interés para no llamar la atención de los vecinos.

Muchas veces ha ocurrido esto a lo largo de medio siglo, y la casita sigue abandonada y sombría. Parece que sólo mi familia pudo haber alquilado aquella casa y vivido allí.

Entonces yo tenía doce años de edad, y la recuerdo con cariño. Nos la entregaron bien pintadita. Alrededor tenía jardines bien cuidados, a los dos lados de la esquina. Pero algo habrá ocurrido en ella, algo que para mí ha sido motivo de reflexión a lo largo de mi vida.

* * *

La casa tenía dos dormitorios: Uno pequeño, donde dormía sola mi hermana Elena cuando salía de su trabajo como enfermera de la Clínica Americana, o mi hermana Sara que estaba estudiando enfermería en un internado.

En el dormitorio más grande dormíamos mi papá, mi mamá, mi hermana y mi hermano, menores que yo, y yo.

Mi hermana y mi hermano dormían en un camarote, y para mí nos habíamos prestado una cama de campaña de lona que pertenecía a mi tío que era policía. Con un liviano colchoncito sobre ella, era una cama muy placentera.

* * *

Cierta noche que yo estaba profundamente dormido me despertó violentamente algo que en silencio levantaba mi cama con colchón y todo, y una vez teniéndome en alto, me zamaqueaba evitando hacerme caer.

No se trataba de gritar y despertar a todos en el dormitorio, o de saltar de la cama e ir corriendo a la cama de mis padres. Pero no quiero ni siquiera pensar en lo que habría ocurrido si me hubiera encontrado solo en el dormitorio. En tal caso, realmente no sé como habría podido reaccionar.

Lo que hice fue conversar con mi alma, es decir, mentalmente, en los siguientes términos: “Dios mío, te ruego que yo pueda resistir lo que me ocurre. La Biblia dice que tú escuchas la oración de cualquier ser humano, incluso de los niños. Ahora es cuando yo

quiero tener una demostración de que eso es verdad. Yo voy a orar pidiéndote que pase esto y que yo pueda dormir en paz.”

* * *

Eso hice. En medio del movimiento violento de mi cama hacia arriba y hacia abajo, yo me senté cuidando guardar el equilibrio y dije estas palabras mentalmente. Luego me volví a acostar lentamente, mientras el movimiento se hacía cada vez más lento hasta desaparecer.

Cuando coloqué mi cabeza sobre la almohada, el movimiento se aplacó por completo y yo me quedé profundamente dormido.

Al día siguiente no le conté a nadie lo ocurrido.

En los días siguientes cuando se aproximaba la noche, nunca tuve miedo de estar solo en esa linda casita, y menos de entrar solo a mi dormitorio.

No fue por miedo que salimos de esa casita, sino porque mi hermana compró una casa a una cuadra de la Plaza Manco Capac.

Pero confieso que ahora que soy viejo, con sólo estar frente a esa casita, tiemblo de miedo.

Los años han pasado, y nunca he olvidado aquella experiencia.

* * *

Una vez, ya siendo hombres adultos, que vivíamos en distintos países, visitamos mi hermano y yo a nuestros padres y familiares en Lima. Entonces mi hermano me contó que había pasado por aquella casita, a la cual la ha encontrado con las ventanas totalmente tapiadas, sus paredes cubiertas de polvo, sus frisos de yeso averiados y el armazón de su claraboya apolillado y en parte caído, ¡la ruina del abandono!

Entonces me atreví a contarle lo que me ocurrió allí cuando era niño, lo cual a mí también me movía a pasar cerca de esa casa cada vez que visitaba la ciudad, aparte de otros recuerdos hermosos de la casita en esa zona tan peculiar de la ciudad por sus jardines y sus viviendas antiguas que en el pasado estaban ocupadas por gente de clase media alta. Por allí cerca estaba la antigua sinagoga de los judíos sefardíes, antes de que la tuvieran que trasladar a otra parte de la ciudad con mejores condiciones de seguridad. En ella conocí al destacado periodista de la radio y la televisión, Pepe Ludmir, cuando yo tenía 18 años.

* * *

Mi hermano me escuchó con sus ojos desorbitados, y exclamó:

—¿Y por qué crees que cuando estoy en la ciudad yo también me acerco a mirarla con curiosidad? A mí también me ocurrió algo a mí una vez, pero no me he atrevido a contárselo a nadie. ¿Sabes si le ha ocurrido algo al papá o a la mamá?

A la verdad, nunca les había escuchado comentar nada, y ahora que tanto me mueve la curiosidad y a es tarde para preguntarles. Pero si guardaron algún secreto, lo hicieron por prudencia. Yo mismo he guardado el secreto hasta que con el paso del tiempo pude conocer

algo acerca de la realidad de los espíritus y los fantasmas a raíz de mis estudios de la literatura de Asiria y Babilonia, y de la Biblia misma, que tratan sobre este tema.

* * *

Le pregunto:

—¿Qué experiencia extraña tuviste? ¿Te pasó lo que me pasó a mí? ¿Viste algo?

Me responde:

—Lo que me ocurrió tuvo lugar a plena luz del día. Yo me encontraba en la cocina, dirigiéndome al lavadero de hierro que había en el fondo del pasadizo. Y allí, a un metro de distancia del lavadero escuché la voz de alguien que estaba siendo ahorcado. Su grito ahogado expresaba una sofocación y desesperación indescriptibles. Yo salí disparado de la casa y corrí hasta media calle, tan ancha como era. Yo no sé cómo pude haberme atrevido a volver a entrar.

Y añade:

—Como a ti, sólo me ocurrió una vez, y me quedé callado toda la vida. Esta experiencia no la he contado a nadie, ni la he comentado con nadie.

Y añade:

—Por eso tengo la curiosidad de pasar por allí. Y si tú vas, te vas a dar cuenta que la casita siempre está abandonada. Siempre tiene escritas las palabras SE VENDE, encima de otra inscripción casi invisible que dice SE ALQUILA. Pero nadie la puede habitar.

* * *

La última vez que visité Lima tenía alojado en el Hotel Cloris Inn, en la Avenida Alejandro Tirado a unos profesores norteamericanos que habían venido para dar unos cursos en la Santa Sede de la California Biblical University of Peru (CBUP), que ha sido fundada en Lima. A ellos yo les servía de traductor en sus clases, y de guía en la ciudad. Y como la casita está cerca del hotel, pasamos por allí en nuestro auto después de recoger en el hotel a uno de esos profesores, el Dr. Richard Fales, Presidente de la Sociedad Arqueológica Americana, uno de los asesores en lo que respecta a la arqueología del Período Romano para la filmación de la super producción filmica, “El Gladiador”.

El conductor del auto pasó frente a la casita, y yo le dije:

—¡Por favor, detente un rato!

El se detuvo, pensando que habíamos olvidado algo en el Hotel Cloris Inn, pero les dije:

—En esta casa viví un año cuando era muchacho.

* * *

En realidad, daba vergüenza mostrarla y decir que yo había vivido allí. El polvo recubre sus paredes, y su interior es sombrío, pues sus amplias ventanas están tapiadas con adobes descubiertos. Su claraboya se cae en pedazos y está apuntalada por palos en desorden. El jardín no existe; sólo hay un espacio de tierra apelmazada.

Mis amigos tiemblan cuando les digo:

—En esta casa me ocurrió esto.

El Dr. Richard Fales, que sabe de estas cosas por el hecho mismo de ser arqueólogo y antropólogo me dice:

—Me ha dado escalofríos tu historia.

Y les digo:

—Aunque les sea difícil creerlo, esta experiencia tiene estrecha conexión con el hecho de que en la actualidad esté al lado de ustedes, trabajando como Director Académico de la CBUP. Yo doy gracias a Dios por haber tenido esta experiencia, pues me ha conducido a la reflexión respecto de la realidad que está más allá de mis ojos. En esta experiencia se originan mis inquietudes respecto de los estudios teológicos. Pero créanme, ¡jamás quisiera volver a experimentar algo similar!

* * *

Los comentarios sobre lo ocurrido esa mañana cuando nuestro auto se detuvo frente a la casita de la calle Enrique Villar continuaron una vez que llegamos a la Santa Sede de la CBUP e ingresamos en el Aula Magna.

El Dr. Richar Fales señaló el versículo bíblico de Génesis 4.10, 11, que se encuentra inserto en la historia de Caín y Abel relativa al primer asesinato:

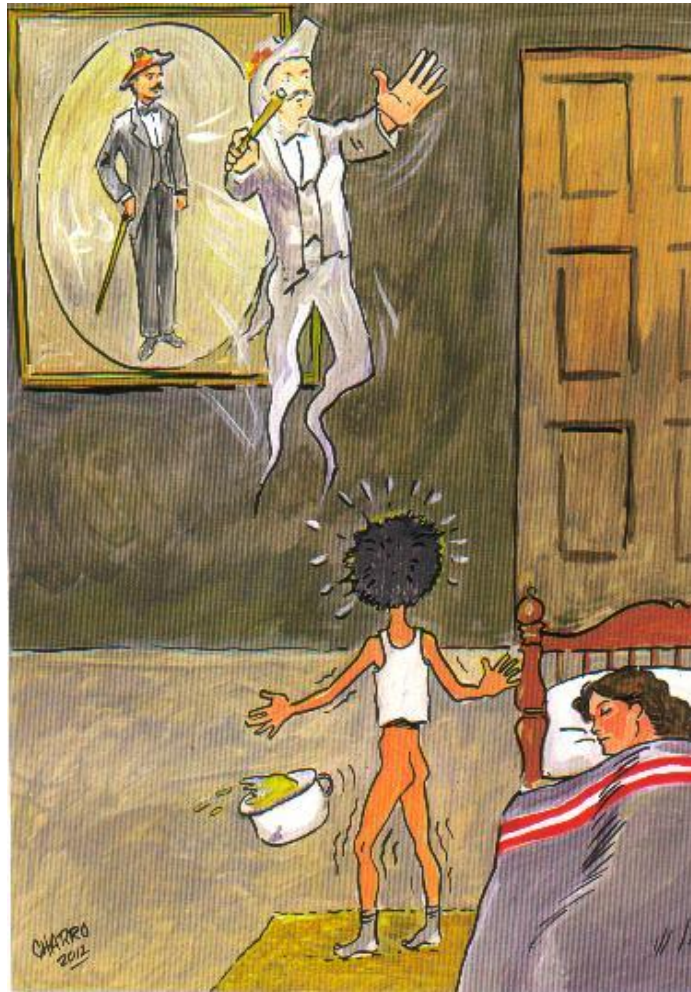
Le preguntó Dios:

—¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas tú, lejos de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano.

El Dr. Fales comenta este texto diciendo:

—La única interpretación posible de este texto es que el asesinato o la muerte de un ser humano, no por designio divino, tiene secuelas relacionadas con la justicia humana y divina, y que hay algo relacionado con la vida truncada de un ser humano, que permanece en el lugar del crimen, una presencia espiritual que clama por justicia. Desde el punto de vista de la antropología bíblica, se trata del fantasma, del espíritu del muerto, que permanece un tiempo en la dimensión de los vivos, antes de ingresar definitivamente en la dimensión del Sheol.

Quien esté interesado en la discusión completa sobre el tema, y los comentarios ampliados del Dr. Richard Fales, los encontrará en la separata académica sobre *Antropología Bíblica*, que forma parte de la Biblioteca Inteligente MCH.



9

EL FANTASMA FAMILIAR

En la calle José Gálvez, en la cuadra que desciende de la Plaza de Armas, se encuentran las seis casas que antaño pertenecieron a mi bisabuelo, Don Juan Sánchez y Merino, próspero mercader que hizo fortuna con sus caravanas de Lima a Celendín: Cuatro de ellas fueron heredadas por sus dos hijos: Mi abuela María Benjamina y su hermano, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, en cuya memoria mi padre llamó mi nombre, Moisés.

Las dos primeras casas estaban unidas por un patio grande como una plazuela. La tercera, que ahora pertenece a mi hermana Esther, estaba unida a la casa central mediante una portada que ahora está tapiada.

Más al fondo del patio de esta tercera casa estaba en ese tiempo nuestro dormitorio, y un alar delante del mismo protegía de la lluvia la roca puesta a secar sobre una vara que pendía del entablado del segundo piso.

* * *

En estas casas le ocurría algo a un hombrecito con limitaciones físico-mentales a quien en Celendín llamaban el Mudo Miguelino,¹⁴¹ que llegó a formar parte de nuestra familia. En los días de mi infancia, cuando no había servicio de agua en la villa, él se hacía útil acarreándola de la pila de la Plaza de Armas en dos baldecitos pequeños que a causa del bamboleo de sus rodillas, llegaban a casa con la mitad de su contenido.

El era tan pequeño, que se había dispuesto su lecho en el rincón del alar, en un cuartito miniatura que había debajo del descanso de la escalera que conducía al segundo piso.

Aquello de que te hablo ocurría en las altas horas de la noche, y se trataba de un escándalo de grandes proporciones, pues el Miguelino nos despertaba a todos cuando empezaba a gritar:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Ayayáú!! ¡¡¡Quieto!!! ¡Carajo! ¡Maldiciáu! ¡Cuñáu!
Evidentemente, alguien lo mataba haciéndole cosquillas.

* * *

Mi mamá lo puyaba¹⁴² a mi papá, que se mantenía inmóvil en la cama, pensativo:

—¿Lóis?¹⁴³ ¡Seguro que sueña con esos muchachos maldiciáus!

Pensábamos que soñaba lo que le hacían los malandrines junto a la pila de agua, especialmente el Lagañoso lagarpejo come tripas de conejo, y otros vagos que se juntaban por allí para matar el tiempo.

Uno se divertía haciéndole cosquillas, matándole de risa.

Otro le daba un cocacho en su cabeza tusada¹⁴⁴ y ponía cara de yo no fui.

Pero la movida más odiosa era cuando lo levantaban en vilo por la parte bolsuda de su pantalón, al estilo “calzón chino”, justo cuando estaba orinando rico rico en la acequia de la calle.

Después, todo se arreglaba con una cariñada, o dándole un pan, y el Miguelino vertía lágrimas de agredimiento de sus ojos azules, llenos de bondad.

Nunca nadie resultó con otra explicación, no obstante que las cosas ocurrieron varias veces, rasgando el silencio de la noche, interrumpiendo su sueño y provocándole la carcajada y las maldiciones que profería a viva voz a causa de alguien, de algún quemasangre que no le dejaba dormir en paz.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Ayayáú!! ¡¡¡Quieto!!! ¡Carajo! ¡Maldiciáu! ¡Cuñáu!

* * *

Cierta noche de verano iluminada por la luz de la Luna me desperté con ganas de orinar.

Yo tenía siete u ocho años de edad, y dormía en la cama con mi papá Juan.

La bacenica estaba al pie de la cama de mi mamá, detrás de la puerta que daba al alar, la cual estaba abierta de par en par y se podía ver cualquier alimaña desplazándose por el patio empedrado.

Pasé por encima de mi papá, evitando despertarlo, y fui en pos de la ansiada bacenica. Y churrrrrrrrrrr. . . —oriné plácidamente mirando al patio—.

Y me quedé paralizado al ver que una nebulosa blanca y brillante en forma de hombre, con algo como una espada extendida en su mano pasó de la casa central a la casa que actualmente pertenece a mi hermana Esther, y vino en dirección de nuestro dormitorio flotando a medio metro del suelo. Pero al llegar al alar, ágilmente giró a la izquierda y se metió en su cuartito del Miguelino.

Entonces se me congelaron los orines y dejaron de chorrear.

* * *

Silenciosamente puse la bacenica sobre el suelo y me metí en mi cama en el preciso momento en que el Miguelino comenzaba a gritar:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡¡Ayayáú!! ¡¡¡Quieto!!! ¡Carajo! ¡Maldiciáu! ¡Cuñáu!

Esa fue la última vez que yo escuché al Miguelino gritar de este modo en las altas horas de la noche. Pero jamás referí a nadie lo que vi, hasta pasados unos treinta años, después de haberme informado un poco sobre este fenómeno de los fantasmas familiares.

En ese tiempo yo estudiaba asiriología en la Universidad de Brandeis, en Boston, Massachussetts, Estados Unidos, y estábamos leyendo unos textos asirios en escritura cuneiforme que contenían fórmulas de evocación a los muertos por parte de los *ashapu*, médicos-brujos de Babilonia. Mis experiencias de la infancia me hicieron sensible a las revelaciones de esos textos de hace más de 3.000 años, respecto de la realidad de ultratumba.

* * *

Una noche, en mi departamento en Boston, vi una película rusa sobre un “fantasma familiar”, que se aparecía en una casa que le había pertenecido en vida.

Hacia el final de la película, un comentarista dijo: “Se trata de alguien que ha muerto, pero se resiste a abandonar la dimensión de los vivos y un escenario en particular, acaso porque ha tenido una muerte violenta, o ha cometido suicidio, o ha sido víctima de un asesinato.”

Quizás este fenómeno viene a explicar la extraña declaración de la Biblia con relación al asesinato de Abel por su hermano Caín. Dios le dijo a Caín: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.”

¿Acaso un acto de justicia pueda ser lo único que contribuya a liberar su alma aprisionada en la tierra, es decir, en esta dimensión?

Entonces volvieron a ocupar mi mente estas preguntas: ¿Quién en nuestra familia ha muerto violentamente y tiene una estrecha conexión con esta casa? Y si ha muerto en otro lugar, por qué su presencia persiste en manifestarse aquí?

* * *

Pensé que se trataría de mi primo Juan Rodrigo, un muchacho simpático y bromista que en vida se divertía haciéndole gritar al pobre Miguelino con sus toscas cosquilladas. Además, él hizo las gradas y el cuartito donde le acomodaron su cama al Miguelino.

Cuando el Juan Rodrigo murió de manera misteriosa, dejó en nuestra casa su guitarra, su sierra y su banco de carpintería. Y de noche rasgaban las cuerdas de su guitarra, y unos curpazos eran arrojados contra la hoja de su sierra y nos despertaban de nuestro sueño sonando: ¡¡¡Talán, talán!!!

Una vez, cuando visité Celendín procedente de Boston, fui con mi hermana Chabuca de paseo a Huacapampa, una aldea cercana, y al pasar por El Torno, el fundo donde estaba la casa de la familia del Juan Rodrigo, le pregunto:

—Total, ¿de qué se murió el Juan Rodrigo?

Ella responde:

—Dicen que por celos le pusieron veneno en su bebida. Pero, ¿por qué me lo preguntas, treinta años después?

Le digo:

—Porque creo que le he visto en su casa de la Esther, entrando al cuartito del Miguelino debajo de las gradas, para cosquillarlos despiadadamente.

* * *

Con el paso del tiempo, los hechos me llevaron a reflexionar en otra dirección, porque el Juan Rodrigo estuvo en esa nuestra casa poco tiempo, contratado por mi padre para realizar trabajos de carpintería. Y lo del Miguelino era un fenómeno que venía ocurriendo desde mucho antes de que lo mataran al Juan Rodrigo.

Tampoco ocurría sólo en esta casa donde trabajó haciendo el entablado del segundo piso, sino también en la casa central, donde estaba nuestro dormitorio antes de que lo trasladáramos a la casa que sería de Esther, mientras era construida la nueva sala.

Entonces pensé que se trataría de mi abuelo Zaturmino, que murió de una neumonía fulminante dejando a sus hijos pequeños y a su adorada mujer en la flor de la edad. Aquí dejó su Diario que contenía revelaciones de gran valor. Pero así de triste que es la partida de un ser tan querido, su muerte no fue producto de la violencia ni su despedida careció de honra y dignidad, ni de la cercanía y devoción de sus seres queridos.

* * *

Entonces recordé algo de mi infancia que me hizo enrumbar mi búsqueda en otra dirección.

Mi padre había acabado de construir la nueva sala en la casa central, y después de haber blanqueado sus paredes con tierra blanca y un capacho de carnero en lugar de brocha, se puso a colgar los retratos de los miembros de nuestra familia, entre ellos uno que llamó mi atención por cierto detalle.

Me llamó la atención el retrato de mi tío abuelo, el Dr. Moisés Sánchez y Pereyra, porque no obstante el lujo de su atuendo, el sombrero que lucía, parecía que los canshules luavían acabado de cashcar.¹⁴⁵

Crecí con esa fea impresión. Sólo cambié de parecer cuando en un museo de Lima, en lo que fuera la casa del Coronel Francisco Bolognesi vi uno de esos sombreros tan lujosos. Un sombrero así usaba el Generalísimo Don José de San Martín como distintivo de

los altos jefes militares vestidos de civil. Hasta las primeras décadas del Siglo 20 lo usaban también en las altas esferas del Poder Judicial.



El Dr. Don Moisés Sánchez Pereyra

* * *

Era un sombrero bicornio: Una punta se proyectaba adelante y otra atrás, y encima tenía un vellocino de tul que en la realidad le daba una apariencia muy vistosa, pero en el retrato parecía que los canshules luavían acabado de cashcar.

Otros detalles de su atuendo fueron llamando mi atención:

Sus bigotes “a la Federica”, moda originada en el arreglo del Emperador de Austria, Don Federico Fernando, cuyos tiempos marcan el apogeo de Austria como Imperio Austro-Húngaro. Esta moda era llamada en Celendín, “bigotes de saltaperico”.

Usaba leontina con dije de oro.

Y para coronar con broche de oro su atuendo, llevaba un bastón, lo que le añadía cierto aire de Chaplín.

* * *

Tardíamente se centró mi atención en su bastón.

Cuando volvía a mirar el retrato, ese bastón me producía asociaciones mentales que hacían aflorar detalles ocultos de mi subconsciente. Quizás aquello que me pareció una espada en la mano del fantasma que vi, no era una espada sino un bastón extendido hacia adelante como señalando el derrotero o abriéndose camino, mostrando autoridad y toma de posesión de todos estos sus predios.

Don Jorge A. Chávez y Silva, el Charro, prominente antropólogo celendino, examina el retrato y dice:

—Se trata de una vara de mando con borla y manubrio de perilla, posiblemente de oro o de nácar, de esas que reciben los presidentes de la República al asumir el mando.

Evidentemente, el hombre tenía pretensiones presidenciales.

* * *

Mi padre no cesaba de expresar su admiración por su tío Moisés, hermano de su madre, porque no obstante lo aislado de nuestro terruño pudo lograr en la Capital de la República dos doctorados: Era Doctor en Filosofía y Letras, y Doctor en Jurisprudencia o Derecho.

Su extenso *curriculum vitae* incluye su desempeño como Cupido, pues “le hizo la buena” al Zaturmino con su hermana María Benjamina, cosa nada fácil tratándose de la “Fiercilla Indomable”.

Fue también amigo fiel del Capitán; ellos dos eran como David y Jonatán. Y a la muerte de su cuñado asumió la educación de uno de sus hijos en especial,¹⁴⁶ y lo mandó estudiar en la Capital, en la Facultad de Educación, que se convertiría después en la Universidad de La Cantuta —aunque su anhelo era enviarlo a estudiar medicina en París—.

* * *

A mí me impresionaba mucho la biblioteca de mi tío abuelo en la sala antigua, en una grande vitrina pintada con sapolín de color verde oscuro. Pero estando las puertas de la casa abiertas de par en par, y siendo la sala escenario de concurridos bailes y tertulias, cualquiera podía llevarse los libros “prestaditos” nomás.

Su casa se convirtió en el centro de la bohemia y de las tertulias literarias de la villa. El 29 de diciembre de 1889, la tertulia le eligió Director del periódico “El Eter” en colaboración con mi abuelo Zaturmino, que asumió el cargo de redactor de la columna intitulada “Rasgos de Pluma” que habría formado después el mayor caudal literario del Diario del Capitán que sigue perdido.

* * *

}

Siento nostalgia por su máquina de escribir marca Remington, con que escribían los artículos de “El Eter”, que en realidad era un periódico mural, expuesto en la puerta principal de la Municipalidad. En esos tiempos esa máquina era toda una novedad. Fue inventada y fabricada por Philo Remington, el ingeniero e industrial norteamericano que también inventó y fabricó el fusil.

—¡Qué interesante! ¡La pluma y el fusil! ¿Cuál es más poderoso y eficaz?

—En esa máquina aprendí a escribir con los ojos cerrados y sin que nadie me lo enseñara, siguiendo las instrucciones de un viejo manual de mecanografía que hallé tirado en el altillo. Entonces tenía once años de edad.

—¡Te compro esa Remington para el Museo “Alfredo Rocha” de Celendín!

—Siendo confesar que vendí esa reliquia por tres soles y medio para ir al cine con mi enamorada Dora de Almeyda. ¡Me doy golpes de pecho! ¡*Mea culpa!* ¡*Mea culpa!* ¡Por mi grandísima culpa!

—¿A quién se la vendiste? ¡A lo mejor la puedes recuperar por mil veces lo que te pagaron por ella!

—De buena gana lo haría para que ocupe el lugar central del Museo de Celendín que el Capitán soñó implementar. Pero no recuerdo a cuál otro granuja se la vendí. . . Quizás fue a Tom Sawyer o a Huckleberry Finn.

* * *

Cuando mi padre colocó el retrato del Dr. Moisés Sánchez y Pereyra en nuestra nueva sala, dijo de él algo que no he podido olvidar desde mi infancia: “La tristeza que le ocasionó la muerte de mi padre hizo que se alejara de Celendín al año siguiente, para nunca regresar.”

Primero fue a Cajamarca, donde ocurrió lo del Colegio Nacional “San Ramón” del que llegó a ser su director.

En el internado estaban los muchachos más alhajitas de Celendín, por no decir los más revoltosos y problemáticos. Y por las noches estaban ocurriendo ciertas cositas que los mismos encargados del orden parecían haber tolerado sin medir las consecuencias. Todo comenzó con un muchacho que se apareció con una ouija para consultar a los espíritus de los muertos respecto de “la fija”, la balota con las preguntas del examen final.

* * *

Quisieron acabar en la mañana antes de que llegaran las autoridades del plantel, pero ya amanecía y no lograban que los espíritus se aquietasen y se apartasen a sus fueros.

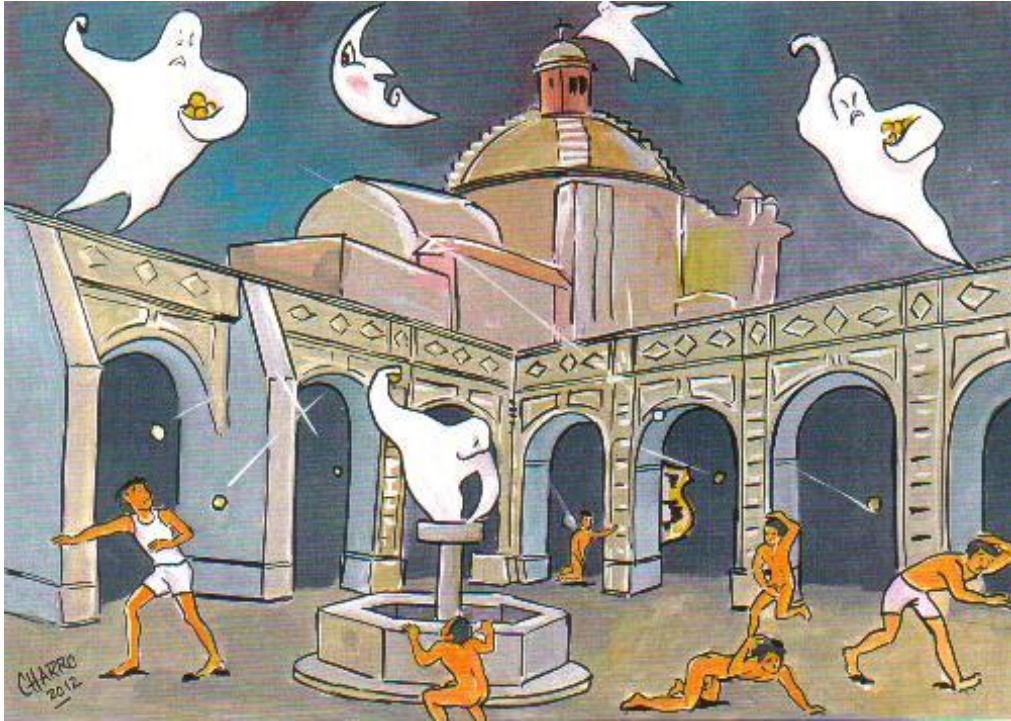
Resonaban y crujían las tejas de los techos, y pedazos de ellas eran arrancados y arrojados como proyectiles contra las paredes, ventanas y puertas. Todos se desesperaban ante el peligro de ser alcanzados en la cabeza.

El Dr. Moisés Sánchez fue despertado en su casa y llamado de emergencia, y se apresuró para ver lo que ocurría.

El trató con sumo respeto a los espíritus, y las cosas se calmaron.

Después confrontó a los responsables, y algunos de ellos fueron expulsados del plantel.

* * *



En Cajamarca se casó con una dama llamada Semíramis Urteaga, que le dio dos hijos: Isabel y Alfonso Sánchez Urteaga.

Mi tía Isabel se casó con el señor Víctor Peña, y hasta su partida a su morada eterna era la persona que atesoraba más recuerdos de nuestro pasado familiar.

Mi tío Alfonso se graduó de abogado, aunque de alma era pintor, muy conocido por su pseudónimo Camilo Blas, y venerado junto con Sabogal como representante de la escuela indigenista. Una de sus obras famosas es el mural que representa al Inca Atahualpa de puntas de pie, señalándoles al Conquistador Don Francisco Pizarro y sus demás captores hasta dónde mandarían llenar de oro el Cuarto del Rescate (la habitación de su prisión en Cajamarca), si se le concedía la libertad.

El se casó con Anita Siles, modelo y reina de belleza. Todas sus hijas eran unas preciosuras, igual que su madre. La menor, Hilda Sánchez de Casaretto, está casada con el Contralmirante de la Marina de Guerra, Fernando Casaretto Alvarado, actual director del Museo Naval del Perú.

Ella estudió bellas artes en la Pontificia Universidad Católica del Perú y ha asumido la investigación historiográfica y museográfica de la obra de su padre. Recientemente, en julio y agosto de 2012 organizó la exposición de la obra de Camilo Blas en el Instituto Cultural Peruano Norteamericano de Miraflores.

* * *



Dr. Alfonso Sánchez Urteaga
“Camilo Blas” (Autorretrato)

En nuestra ciudad, mi tío Moisés fue ejerciendo diversos cargos hasta ser subprefecto.

Una de sus acciones por la cual es recordado fue la desarticulación de la banda montonera de Verástegui y Sanoni en 1899, para lo cual fue necesario combinar el destacamento que llegó de Cajamarca comandado por el Dr. Puga con las fuerzas locales organizadas como “una columna amiga del orden”. La fuerza conjunta estuvo al mando del Capitán Don Saturnino Chávez, quien la condujo a la victoria en Diablo Cantana, donde fueron victimados los jefes montoneros.

En Cajamarca fue director del Colegio San Ramón en dos períodos; su retrato cuelga en la pared de la Dirección. También ejerció como Juez de Primera Instancia y Vocal de la Corte Superior.

De allí fue más lejos, a Chachapoyas, donde fue Juez de Primera Instancia.

Y en su gradual distanciamiento de Celendín llegó a Llata, capital de la provincia de Huamalíes en el departamento de Huánuco donde desempeñó el cargo de Juez. Pero cuando ganó las elecciones para una diputación por la provincia, su vida fue truncada de manera violenta con un disparo a quemarropa por mano de un sicario.

Pero su fantasma está ligado al predio de su posesión en Celendín.

* * *

En el verano del 2009 visité Celendín con mi hija Lili Ester, acompañados de su amiga boliviana Mariana Bedoya y mi sobrino Panchesco, recién llegado de Italia. Todos estábamos ansiosos de leer *in situ* las espeluznantes historias del *Diario del Capitán*.

Ellas contemplan la puerta ahora tapiada, y les digo:

—Por esta puerta el fantasma de mi tío Moisés pasó de la casa de la Mama Lila a la casa de la tía Esther.

Ellas contemplan su retrato colgado en la sala, y les digo:

—El fantasma familiar llevaba su bastón extendido hacia adelante, como abriéndose camino en esta dimensión.

Ellas me miran con sus ojos humedecidos de emoción, y les digo:

—¿Por qué sería yo el único que le vio cuando iba a hacerle cosquillas al pobre Miguelino? ¿Acaso él querría que yo, al descifrar el enigma de su identidad le ayudase a alcanzar su ansiada liberación? Pero, ¿por qué casualmente yo?

Y añado:

—Quizás porque mi padre me puso su nombre, Moisés, en su memoria.

* * *

De regreso en Lima, le pregunto a mi hermana Sara:

—Entiendo que su objetivo fuera que le viera sólo yo, porque me llamo Moisés, como él, y me parezco a él en todo. Pero. . . ¿por qué le hacía al pobre mudo Miguelino morirse de risa y maldecir a boca de jarro con sus cosquillas?

Ella responde:

—Porque era shilico quemasangre como vos.¹⁴⁷ ¿Por qué más va a ser?

Le pregunto:

—¿Qué tal si en lugar de hacerle cosquillas al mudo Miguelino te hubiera cosquillado a vos?

Ella se queda enmudecida y más blanca de lo que es.

Y le digo:

—Sea como sea, me imagino contemplar fijamente su retrato al óleo y ver que de repente se hincha la lona, luego aflora la punta de su bastón, para salir finalmente del todo de su retrato para dirigirse ágilmente a sus fueros en un ritual de toma de posesión.

10 DIALOGO CON ULTRATUMBA

Aquel atardecer, la Srta. Amanda estaba bajando de El Alto a la ciudad de La Paz para asistir a una reunión de sus compañeras graduadas de la Universidad Nacional de San Andrés.

Se había acicalado con mucho ensueño y se la veía hermosa, tanto que era posible que volviera a casa con un pretendiente de entre sus admiradores en el campo universitario. Sin embargo, cuando se acercaba a la entrada principal del Cementerio General, de repente se le ocurrió bajar allí y entrar, porque de una manera muy intensa sentía la necesidad de estar cerca de los restos de su madre antes de asistir a aquel reencuentro emocional.

Cuando se acercó a esa lúgubre sección del cementerio que se encontraba a medio demoler, vio a cierta mujer a la distancia. Estaba sentada sobre la parte saliente de una tumba, contemplando los nichos que venían siendo demolidos. Los rayos del Sol vespertino caían exactamente sobre la espalda de la señora solitaria, vestida con un vestido de tela oscura similar al que solía vestir su madre. Pero como no había nada alrededor, y las sombras se proyectaban mientras declinaba el día, ella pensó no continuar hacia ese lugar.

* * *

Mientras miraba alrededor para ver si aparecía por allí alguna persona más, acaso algún guardián o el jardinero, vio que la señora también dio la vuelta a su cara para mirarla, y le sonrió.

Tanto su silueta abultada, como el movimiento de su cabeza, eran exactamente los de su mamá, por lo que sintió gran necesidad de acercarse y conversar con ella. Sin duda era alguien que había venido al cementerio por las mismas razones, y quizás sería bueno acompañarla un rato. Grande fue su sorpresa cuando al acercarse más, se encontró con que aquella señora era su mamá, que había salido un momento de su tumba para disfrutar de los abrigados rayos del Sol.

* * *

—Ven acá mi querida Amandita, y siéntate a mi lado para tomar conmigo el Sol —le dijo, llamándola por su nombre—.

Amanda se sentó junto a su madre, pero tuvo miedo de hablar. Entonces su madre, considerando las circunstancias acarició con la punta de sus dedos el peinado de sobre la frente de su hija y prosiguió:

—Es que allí adentro me hace mucho frío, hijita. Por eso salgo regularmente a tomar el Sol aquí. Además, te contaré que en este sector del cementerio hay mucha humedad, porque el agua de la lluvia se filtra en nuestras moradas.

Amandita hizo un esfuerzo grande para poder hablar, y en eso despertó de su sueño.

* * *

Su madre había fallecido hacía dos años y medio, y había sido sepultada en la sección antigua del Cementerio General. Ella fue admitida allí provisionalmente, porque aquella sección del cementerio estaba siendo demolida a causa del continuo deterioro que las lluvias habían ocasionado a los nichos.

Cuando admitieron que fuera sepultada allí les advirtieron que al cabo de poco tiempo se debería pensar en trasladar el ataúd a otra sección del cementerio que estaba en construcción, o a otro cementerio.

Este sueño de Amanda sirvió para que aceleraran los trámites para trasladarla al Cementerio Jardín de Obrajes.

El día que se llevó a cabo la inhumación del cadáver, vieron que efectivamente el ataúd de madera estaba podrido en un extremo a causa del agua de las filtraciones que había en los antiguos nichos. Sin embargo, el cadáver no se había malogrado, porque en el momento de pasarlo al nuevo ataúd todo se llevó a cabo con facilidad y en un ambiente para nada repulsivo. A ella la levantaron sosteniéndola de sus hombros y de sus rodillas, y se quedaron maravillados de que nos se les cayera de sus manos en pedazos.

* * *

Otra cosa que comentaban los empleados del cementerio es que no les agobiara de repente una nube de moscas, como siempre ocurre. Claro es que el acto de sacar el ataúd y abrirlo duró pocos minutos, y el tiempo que tomó pasarla de un ataúd a otro fue tan sólo segundos. Pero en otros casos las moscas se interponen ante los rostros de los familiares presentes y no se apartan del ataúd viejo que queda a la espera del momento de ser trasladado a otro lugar del cementerio para ser incinerado.

Amandita quedó sorprendida de que aquel acto no fuera tan espeluznante como se había imaginado. El reencuentro con un ser querido que salía de la tumba, alegre o triste de cambiar de morada, le fue algo grato.

La gran cantidad de rosas que llevaron cada uno de sus seres queridos contribuyó a impregnar con su aroma el momento, de modo que si alguna asociación mental se ha impregnado en sus almas fueron aquellos ramos de rosas rojas en los brazos de los familiares que fueron depositados sobre la nueva tumba. Así es que mamá llegó a estar en el lugar donde se encuentra hoy, un lugar residencial.

* * *

Amandita nos cuenta el sueño que tuvo mientras coloca un ramos de rosas rojas sobre la tumba actual de su madre en el día de Todos los Santos.

El día es abrigado, y una multitud de familiares ha visitado a sus seres queridos que han partido antes, tanto que el verde y delicado césped, en trechos parecía haberse convertido en una alfombra multicolor hecha de pétalos.

Allí estábamos sentados a los costados de la tumba, mientras su hija Mafalda se esmera por sacarle brillo a un adorno metálico de la lápida y nos refiere:

—Yo no podía soñar a mi mamá. Por mucho tiempo soñarla siquiera una vez, pero nunca ocurría nada. Pero cierta noche, pensando en ella pedí a Dios que me permitiera soñarla siquiera una vez, y luego me quedé dormida. Y aquella noche la soñé.

Y añade:

—Soñé que estaba velándose en la Iglesia “Dios es Amor”. La sala estaba repleta de gente en el momento en que nos disponíamos a sacar el ataúd para llevarlo a enterrar. Entonces yo me acerqué a mamá para darle mi último adiós antes de que sellaran la ventanilla a la altura de su rostro. Y una voz a mis espaldas me dijo: “Se te ha concedido volver a ver con vida a tu mamá, pero sólo por 24 horas. Recuerda: 24 horas y nada más.”

* * *

Mafalda había logrado llegar de Argentina un día antes de que falleciera su mamá en el Hospital Obrero. Su madre venía sufriendo de la penosa enfermedad de chagas y el mal se había localizado su estómago, al final había logrado subir a su cerebro. En la fase terminal su vientre se había hinchado con los líquidos de todo su cuerpo, porque ninguno de sus sistemas de absorción y eliminación podía ya funcionar.

En una junta, los médicos decidieron dejar de aplicarle más calmantes, y sólo podían aliviar ligeramente su dolor mediante el uso de morfina.

Así encontró a su madre ni bien puso sus pies en la sala donde su madre se encontraba sufriendo de aquellos dolores indecibles, pero siempre en pleno uso de su razón. Así pudo conversar con ella en los últimos momentos antes de que falleciera. Aparte de las circunstancias del hospital y de la sala de enfermos había ciertas cosas importantes que la madre quería decirle a su hija y que la hija quería escuchar de su madre, y que no se llegaron a expresar.

Aquel diálogo circunstancial sólo se redujo a un ruego porque su hija hiciera algo para aliviarle el dolor. Como la paciente había sido enfermera, le rogó que le hiciera un favor: Que consiguiera cierta medicina en ampollitas y le inyectara a escondidas de los doctores y de las enfermeras; quizás eso le pudiese calmar el dolor y le permitiese conversar con calma con su hija que acaba de llegar de lejos.

* * *

Amanda hizo lo que le pidió su madre, a escondidas del doctor y de las enfermeras, pero no llegó a consumir la acción. Sólo logró agenciarse de la medicina, de las jeringas y las agujas cuando fue sorprendida intentando inyectar a su madre.

El doctor que estaba a cargo de la sala le increpó a la enfermera de turno y luego se dirigió a Amanda con una ira que no podía disimular:

—¿Sabe usted lo que está haciendo? Usted podría producir una situación de epidemia en la sala y en el hospital, porque viene de fuera y no ha tomado las precauciones necesarias de asepsia para aplicar un tratamiento a un enfermo. Tampoco lo que hace es legal y puede traer sobre usted una grave demanda judicial.

Pero como el acto no se había logrado consumir, el doctor comprendió aquella escena de dolor al escuchar a la madre defender a su hija y decirles:

—Yo misma se lo pedí y le di las instrucciones para hacerlo. Yo soy la culpable, y no ella. Ya no puedo resistir el dolor. . .

El doctor fue profundamente conmovido y ordenó que le aplicaran más morfina.

* * *

En medio de aquellas circunstancias, Amanda no pudo hablar más con su madre, y su ingreso a la sala le fue vedado. En cierta forma, aquel diálogo en la sala del hospital quedó interrumpido con la entrada del doctor y con el escándalo que se produjo. Poco después fallecía su madre, y el llanto de todos era desgarrador.

Por mucho tiempo Amanda sintió la necesidad de terminar aquel diálogo interrumpido y rogaba a Dios que se lo permitiese hacerlo en sueños, siquiera una vez. Pero nunca pudo soñar a su madre. Con el paso de los años esa necesidad de diálogo no se pudo satisfacer.

Pero aquella noche, después de mucho tiempo, cuando su anhelo de reanudar el diálogo casi se había desvanecido, aunque no por completo, se puso a recordar aquellos momentos en la sala del Hospital y la vergüenza de que la sacaran de la sala con violencia. Entonces se puso a dar gracias a Dios de que no ocurriera nada grave con su actuación y que todo quedara olvidado. Y de manera tangencial se le cruzó por la mente el pensamiento: “Oh, si pudiera soñar a mamá, siquiera una vez. . .

Y entre recuerdos y pensamientos y reflexiones se quedó profundamente dormida.

* * *

Aquella noche la soñó. El ataúd estaba puesto en la parte delantera del templo, justo al pie del altar, y toda la sala estaba impregnada del olor a rosas de las coronas y de los aparatos florales que en esos momentos llegaban con mayor celeridad y eran puestos apresuradamente como ofrendas, para luego volver a ser levantados para salir rumbo al Cementerio General.

Ella se acercó al ataúd para mirar su cara por última vez antes de que la ventanilla fuera sellada, y escuchó que alguien le decía a sus espaldas: “Se te ha concedido volver a ver con vida a tu mamá, pero sólo por 24 horas. Recuerda: 24 horas y nada más.”

* * *

Mientras acomodaba las flores sobre la lápida en su tumba en el día de Todos los Santos, Amanda nos refiere su sueño:

—En ese momento, por entre la ventanita del ataúd mi madre empezó a sacar su cabeza y luego su mano. Y me extendió la mano simulando que necesitaba que la ayudara a incorporarse. Luego empezó a deslizar fuera todo su cuerpo con admirable facilidad. Fue algo silencioso que no llamó la atención de los presentes, todos ensimismados en su propio sufrimiento.

Ella continúa:

—Mi madre salió por aquella ventanita, elegantemente vestida con el vestido que habíamos escogido para su mortaja. Y sin soltarnos las manos, salimos juntas por encima de las cabezas de todos los presentes en la sala del templo, justo cuando la concurrencia se hacía cada vez más numerosa..

Y añade:

—Sin que nadie se diera cuenta pasamos por encima de los diáconos y del Abuelito Cervantes, flotando a medio metro de altura. Descendimos por las gradas atravesando los cuerpos de la gente vestida de luto que subían y bajaban del velatorio. Y cuando salíamos por entre el enrejado del templo, comenzaron a ladrarnos los perros del guardián.

* * *

La Srta. Amanda prosigue con su relato:

—Lo primero que hicimos juntas en la ciudad fue volver al Hospital Obrero, porque me dijo que allí se había quedado su Biblia. De nuevo volví a ver la tétrica sala llena de enfermos y de enfermeras y médicos vestidos de guardapolvo blanco, pero por un segundo, porque ella tomó su Biblia de cubierta blanca, porque era enfermera, y presionándola suavemente la metió en su cuerpo hasta que la Biblia desapareció dentro de su corazón.

Y añade:

—Luego me pidió que fuéramos a casa, porque había olvidado poner en orden algunas cosas antes de salir de allí cuando la llevaron al Hospital. La casa estaba vacía y triste pues todos estaban en el templo en el momento en que sacaban el ataúd y con sumo cuidado lo bajaban por las gradas que descenden de la sala de culto. Ella abrió su armario y se puso a ordenar ciertas cosas y papeles. Luego se sentó en la sala a descansar. Y extendiendo sus piernas sonriente y llena de vitalidad dijo que quería ver a papá porque no se había despedido con un beso en la boca.

Y prosigue:

—Mientras volamos de un extremo a otro de la ciudad para ver a mi padre, aquella voz del templo me repite: “Se te ha concedido volver a ver con vida a tu mamá, pero sólo por 24 horas. Recuerda: 24 horas y nada más.” Yo estaba a punto de llorar, pero ella me sonrió y me dijo con un guiño: “Todavía tenemos tiempo.”

Y prosigue:

—Después me pidió que la acompañara a su amiga y confidente, y a otra persona más que estaba enferma en cama y a quien quería animarla.

Y concluye:

—Visitamos en vuelo placentero todos los lugares que quería visitar y regresamos al templo cuando el ataúd había traspuesto el enrejado y lo metían en la carroza funeral. Y se metió por la ventanita dirigiéndome su última sonrisa, la sonrisa más bella y tierna que nunca podré olvidar.

* * *

Amanda no tenía lágrimas en los ojos cuando acabó de contarnos su historia, no obstante que por todo se pone a lloriquear.

Nos disponemos a volver a casa y atravesamos el césped florido de Todos los Santos. Y una vez fuera del cementerio, Amanda vuelve a referirse a su historia:

—Desde aquel sueño nunca más le he pedido a Dios que me permita volver a verla en sueños, ni la he vuelto a soñar, ni he tenido la sensación de que nuestro diálogo se haya interrumpido.

11 CARICATURAS VIVIENTES

La ciudad se hunde en las tinieblas de la noche y una profusión de fantasmas reclaman sus fueros. Entonces compiten en las bocacalles con caricaturas vivientes que vagan sin verlos.

En algunas noches de Luna y helada se aprestan para nutrir con una mezcla de espanto y de carcajada las conversaciones solariegas después de la jornada.

Una de las cosas que llaman la atención cuando uno viaja a nuestra tierra es la cantidad de limosneros que te asedian en Cajamarca y la ausencia de ellos en Celendín. No digo que no los haya; pero a diferencia de otros lugares, ocurre más bien que uno los llama para conversar con ellos y luego darles algo. O se les invita a casa para darles un plato de comida. De su parte, ellos siempre hacen alguna gracia para merecer la ayuda.

* * *

Alguien a quien yo quería mucho era el Caray Caray, llamado así porque se lamentaba continuamente de su suerte con las palabras “¡caray, caray!” Pero al mismo tiempo sonreía con picardía y dulzura.

El era muy cariñoso, y siempre te preguntaba por “tu papacito”, por “tu mamacita”, y por todos tus familiares, con nombres y apellidos. Te deseaba muchos parabienes y bendiciones, te encargaba sus cariñosos saludos y se deshacía en palabras de agradecimiento cuando le dabas algo. Con su amabilidad movía tu corazón y conmovía tu bolsillo para recibir algo más, y aun algo más, si fuera posible.

* * *

En cierta ocasión que visité Celendín lo vi pasar frente a la Farmacia “Chávez”, donde yo me encontraba conversando con la dueña, mi hermana. Ya oscurecía, pero sin lugar a dudas el que se apareció de repente por la vereda del frente fue el Caray-Caray. Había envejecido, pero menos que nosotros. Eran los mismos su escasa barba de chino mandarín, el ritmo saltadito de su caminar al estilo “shingo” y el sonido seco del palo que le sirve de bastón.

Mi corazón se enterneció al verle después de tanto tiempo, y lo llamamos a la puerta de la farmacia para darle algo.

Le digo:

—¡Hola Rafaelito! ¿Cómo estás? ¡Ven para conversar un poquito!

Agilmente cruzó la calle y se acercó a nosotros con una amplia sonrisa.

Me reconoció, y se deshizo en cariñosas atenciones y parabienes. Yo, por mi lado, metí la mano en mi bolsillo, para que se alegrara.

* * *

Mi hermana Chabuca estaba detrás de la puerta deleitándose al escuchar sus lamentos y las historias que nos cuenta, algunas de fantasiosas e increíbles aventuras de catre.

Por fin le dije:

—¿Y tuavía bailas, Rafaelito?

Me responde:

—¡Tuavía, papacito, tuavía! ¡Jué! ¡Y más que antes!

—¿Podrías darme una demostracioncita?

Y un tanto melodramático, responde:

—Será para otra ocasioncita, papacito, ¿ya? Pero no te vayas a enojar, ¿ya? Porque te contaré que me duele toditito el cuerpo, desde mi mollera, pasando por mi guashatullo, y hasta la punta de mis dedos. ¡Toditito, papacito! Pero no te vayas a enojar papacito, ¿ya?

—¿Qué pues te ha ocurrido, Rafaelito?

Y responde:

—¡Anoche me he caído al suelo, papacito! ¡Muy feazo me he caído del catre!

—¿Cómo, pues, te habrás caído?

—¡Me he caído patas al hombro! ¡Fíjate, papacito!

Mi hermana Chabuca no pudo aguantar la risa, y salió de su escondite diciendo:

—¡Cómo, pues, se habrá caído este condenáu!

* * *

Otro personaje sin igual en Celendín es el Tagaga; no he conocido otro caballero como él.

Es un hombre que desde joven se preocupó de su imagen y de este modo se ganó un lugar en el panteón de los personajes de caricatura shilica.

El Tagaga para todos los días del año, de día y de noche, vestido de traje y corbata. De lejos se puede distinguir con más nitidez su traje negro, su camisa blanca de cuello almidonado, su corbata negra y sus zapatos negros de tipo mocasín.

El Tagaga guarda luto por todos los shilicos habidos y por haber. Siempre está disponible para acompañar con derroche de sensibilidad a los deudos de todo el mundo.

El Tagaga no tiene nada de cura. Tampoco tiene conexión alguna con la religión del Conde Drácula o con la misión premonitoria de los shingos. El es periodista; en sus años mozos era corresponsal de “El Comercio”, página funeraria.

Para cerrar con broche de oro esta descripción, él es el “compadre espiritual” de todo aquel que estuviera dispuesto a aceptarlo como tal y a celebrarlo con unos tragos, a tus costillas —¿por qué será que a las bebidas alcohólicas les llaman “espiritosas”, di?—

El Tagaga es el personaje infaltable de todos los velorios de Celendín. Con gran sensibilidad acompaña la larga velada, y es muy expresivo al expresar sus condolencias. Como George Bush padre, cuando era vice-presidente de Ronald Reagan, él podría decir también: “You die, and I fly!” (Tú te mueres, ¡y yo vuelo! – a tus funerales).

* * *

En cierta ocasión estuvo entre los primeros en hacerse presente en la sala de una familia que acababa de perder a un ser querido. Aunque no era familiar, ni cercano ni lejano, su presencia desde tan temprano, fue muy apreciada, pues de antemano se sabe que él no pasa la cuenta por sus servicios.

Allí estaba él en la sala, en absoluto silencio, sentado con porte señorial sobre una silla, mientras la sala mortuoria se iba llenando de gente y de sollozos. Como expresión de familiaridad cruzó la pierna derecha sobre su rodilla izquierda, y trenzó los dedos de sus manos sobre su rodilla, mientras mecía su pie derecho con un movimiento pendular hacia adelante y hacia atrás.

Fue entonces que un palomilla, de esos que nunca faltan en los velorios shilicos, se paró detrás de su silla y le dio una certera patadita al taco de su mocasín haciendo que volara bajo y fuera a caer justo en el centro de la sala, al pie del cajón del muerto.

Todos en la sala explotaron de risa, tapándose la boca para disimular cuando veían su pie cubierto con una media que sólo le abrigaba el talón y el metatarso, y desaparecía a medida que se acercaba a los dedos.

* * *

El Tagaga, haciendo honor a su nobleza, no se exasperó en absoluto contra el palomilla. Sólo se puso de pie, con mucha reverencia, se dirigió al centro de la sala sin inclinar la cabeza, y con un suave movimiento de la punta de su pie en zig-zag se calzó el mocasín volador, y volvió a sentarse con toda formalidad, cruzando su pierna derecha sobre su rodilla izquierda, trenzando sus manos sobre su rodilla, y meciendo su pie derecho en movimiento pendular adelante y atrás.

Como dije, él no es cura, pero. . . ¡qué sería de Celendín sin sus santos oficios!

* * *

Uno de los juegos infantiles le gustaba muchísimo al Joshé Reyes, mi contemporáneo y compañero de aventuras. Se trata del juego que se llama “se mueve la raíz”, en que los niños y las niñas, inocentemente sentados pegaditos, uno detrás de otro, se prenden con sus brazos de la cintura de quien va delante, formando, dizqué, una sólida raíz.

Por otro lado, otros niños intentan mover la raíz y deshacerla, jalando con fuerza al niño que preside la fila de la raíz.

Todos los niños se prenden con más fuerza, uno del otro para evitar ser despegados de sus compañeros, mientras todos gritan alegres: “¡Se mueve la raíz! ¡Se mueve la raíz!”

Este juego le gustaba al Joshé, porque le daba el pretexto para quedarse prendido de la niña de delante hasta después de deshecha la raíz.

Eso no era algo insólito; lo insólito era que el Joshé, a pesar de su apariencia infantil, ya era viejo.

12
LA ESQUINA DE
DOÑA AURORA MORI

En Celendín conviven encantadoramente los vivos y los fantasmas, y a menudo los fantasmas son más vivos que los más vivos.

Tras la partida de algún ser querido o con motivo de la llegada de familiares procedentes de tierras lejanas en nuestras reuniones familiares se cuentan anécdotas e historias de la rutina de vivir y de morir. Ellas siempre están conectadas con nombres y personas amadas cuyo recuerdo se pierde en la niebla de un pasado distante que sigue nutriendo nuestra identidad.

En Celendín hay casas, rincones, plazas y esquinas que constituyen sede de inquietantes historias de fantasmas y apariciones. Uno de esos lugares es la esquina de Doña Aurora Mori, en el cruce de las calles José Gálvez y San Martín, donde ocurrió algo que indirectamente yo presencié.

* * *

Temprano en la noche, la esquina de Doña Aurora Mori, más abajo de nuestra casa, fue escenario de un hecho conmovedor.

Un muchacho de Huacapampa tenía a su madre hospitalizada en el Hospital Augusto Gil, una cuadra más debajo de la esquina de Doña Aurora Mori, de la calle José Gálvez.

Cada día, después de cumplir su trabajo, él bajaba por nuestra calle y por nuestra vereda para visitar a su madre al anochecer.

Cierto día, cuando ya oscurecía, él bajó apresurado por nuestra calle para poder ver a su madre, cuando llega a la altura de la portada de nuestra casa, en la mitad de la cuadra, una sombra de forma humana. En la penumbra más parecía un bulto negro.

El joven se dio cuenta que no se trataba simplemente de alguien que venía por la misma acerca en sentido contrario, en dirección a la Plaza de Armas, sino de otra cosa diferente. Y él confesó que por primera vez en su vida le entró miedo.

* * *

Intentando esquivarle o dándole paso, él caminó hacia la acequia, en medio de la calle, para pasar a la vereda del frente. Pero la sombra hizo lo mismo que él, y ambos, el joven y el bulto, caminaron uno en dirección del otro junto a la acequia. El joven, temblando de miedo prefirió no levantar la cabeza, sino solamente avanzar adelante.

Cuando llegó a las inmediaciones de la esquina, la esquina de Doña Aurora Mori, estuvo frente al misterioso caminante, y levantando la cabeza para saludarle, se encontró que había crecido hasta alcanzar el techo, y luego desapareció.

Fue entonces que el joven lanzó ese grito horrible, que algunos vecinos que lo oyeron decían que pensaban que se trataba del Mudo Idelso. Fue un grito que estremeció a todo el vecindario.

* * *

Salieron todos de su casa de Doña Zoila Collantes, de su casa de Doña Aurora Mori, de su casa de Doña Carmen Castaman, de su casa de Doña Abadesa, y también de la nuestra, y encontraron a aquel joven enmudecido y tirado sobre la acequia en media calle. Yo fui uno de los que salieron y se dirigieron al lugar de los hechos; por ese entonces yo tendría unos seis o siete años de edad.

Doña Aurora Mori hizo que lo metieran en su casa, y le dieron a beber agua de azahar para acelerar su respiración.

Cuando recuperó el habla contó lo que acabo de referir. Decía que toda su vida había cruzado de noche el panteón, pero nunca le había ocurrido nada semejante.

Cuando se recuperó, el joven fue acompañado al hospital donde se encontraba su madre, pero sólo para prometer volver al día siguiente más temprano. Doña Juanita Sánchez, la administradora del hospital se encargó de decirle a su madre que ya era hora de cerrar el hospital, evitando que la enferma pudiese darse cuenta de lo que ocurría.

Después el joven fue acompañado a la casa donde se encontraba alojado, pero en la esquina de Doña Aurora Mori la gente seguía congregada, y desde la esquina hacia abajo en la calle transversal la gente formaba grupitos alrededor de velas encendidas, dizqué intentando a los espíritus de la otra dimensión que en nuestra dimensión siempre tenemos las de ganar.

Largo rato estuvieron haciendo guardia o vigilia, y en todo ese tiempo algunos referían sobre cosas semejantes que habían ocurrido en otros rincones de la ciudad de Celendín.

13
EL CABRUNCO
DEL DOCTOR NELO

Yo lo soñé al Cabrunco. Me acuerdo bien de aquel sueño a pesar de mi corta edad. A la sazón tendría nada más que cuatro años, porque a los cinco ya ingresé como alumno en prueba en la Escuela N° 81 de esta localidad.

Lo soñé como un animal monstruoso que el Doctor Nelo llamaría “mitológico”, y en otros ámbitos se lo designa como “chupacabras”, porque chupa a las cabras.

Lo que soñé tenía cierto parecido a un gato enorme con un solo ojo que emitía luz en la noche. Viéndolo desde otro ángulo parecía un canshul con su rabo grande y sus pocos pelos apuntando en diferentes direcciones. Y viéndolo de otro ángulo parecía un chivato con una barba larga y desordenada y cuernos retorcidos y puntiagudos.

Yo me esforcé para no caer en el *spot light* de su luz, porque se dice que si esto ocurre te podría matar luego con una embestida. Mi desesperación era horrible hasta que por fin alcancé ser cubierto y protegido por el pañolón de mi mamá.

* * *

Imagínate qué difícil fue representar en papel el Cabrunco que soñé. Pero lo hice por amor. Yo estaba locamente enamorado de mi señorita del Jardín de la Infancia, la Srta. Juanita Chacón, y lo dibujé al Cabrunco en una hoja de papel para obsequiársela a ella como un tributo de mi amor.

A ella le gustó tanto mi obra de arte, que me obsequió en cambio medio sol, gesto que encaminó toda mi vida en pos de la creación y de la recreación artística.

* * *

Cuando faltaba el alumbrado público en nuestra ciudad, desde las bancas de la Plaza de Armas envuelta en tinieblas mirábamos las luces que descendían por el cerro San Isidro, rumbo a la ciudad, y seguíamos con nuestras miradas su paso rápido o lento, preguntándonos quiénes serán, por qué bajarán de noche a la ciudad.

Las personas mayores abusaban de nuestra sensibilidad infantil, comentando entre ellos: “¡Qué han de ser gentes esas luces que bajan!”

Entonces surgía uno, que parecía ser el más sabio de todos, y decía: “Si son dos luces o más, se trata de gente que bajan a la ciudad por alguna razón de fuerza mayor. Pero si es una sola luz que baja o sube, podría ser el Cabrunco, que dicen que se aparece por allá.

El Nelo no comentaba más, ni se esmeraba en responder a las preguntas de los demás.

* * *

¿El Cabrunco? ¿Qué es el Cabrunco, ah? ¿Por qué sale de noche? ¿Qué es esa luz? ¿Qué pasaría si llegase hasta nosotros y no supiéramos qué hacer ante su presencia?

Las historias que se contaban sobre el Cabrunco eran muchas y no dejaban de asombrar. Yo nunca pude decidir si se trataba de un ángel, o de un demonio, o de un animal misterioso y grande, que como las luciérnagas lleva a cuestras su luz.

Dicen que el Cabrunco tiene su luz en su frente, a manera del cuerno del Unicornio. ¿Acaso es su cuerno lo que alumbra?

Así eran las conversaciones sobre el Cabrunco mientras contemplábamos su luz descender hacia la ciudad, y cuando desaparecía a la altura de las minas de arena blanca, ya eran momento de meternos en nuestras casas para no exponernos a su luz.

Algunas veces contemplé la luz del Cabrunco desde los balcones de la Municipalidad, donde me sentía seguro. En las noches de Luna el perfil del cerro se hacía claramente visible. Pero a la distancia no se podía distinguir más que esa luz.

Entonces me preguntaba si alguna vez con su luz apagada el Cabrunco habría entrado a las calles y a las casas de la ciudad, y qué pasaría si llegásemos a toparnos con él.

* * *

Cuentan que cierta noche, muy tarde, bajaba don Gualberto por la Plaza de Armas en tinieblas, acelerando el paso para llegar a su casa que se encontraba más abajo del Hospital.

El squé estaba sanito, pues no había tomado nada, de modo que lo que vio no fueron diablos azules por efecto del cañazo o el alcohol. El vio que le seguía una luz intensa, blanca azulada, a manera de una bola incandescente.

Cuando apretó la carrera, la bola incandescente aceleró para seguirle, pero cuando un grupo de fiesteros se apareció, la bola desapareció. Con ellos bajó don Gualberto a su casa, mudo como una estatua, y al segundo día refirió lo ocurrido.

Uno de ellos le dijo riéndose:

—¡Ah! ¡Había sido eso! Yo pensé que estabas zampáu.

Su compañero se quedó callado y pálido. Se separó de su compañero, siguió a don Gualberto y le dijo:

—¡Yo si creo! A mi papá también le ha ocurrido igual.

* * *

¿Qué relación podría existir entre aquella bola incandescente que vio Don Gualberto y el Cabrunco?

Si era el Cabrunco, ¿por qué no se le podía ver cuando su luz pasa cerca? ¿Acaso se haría invisible a discreción?

El Nelo, ahora convertido en el Doctor Nelo es un científico que ha acumulado infinidad de testimonios acerca de estos fenómenos, y explica:

—Los mitos, las leyendas y los testimonios de avistamientos de OVNIS y de seres extraterrestres, se entretujan con fenómenos naturales o sobrenaturales que realmente ocurren. El cerro de San Isidro podría ser escenario de estos fenómenos, cualquiera que sea.

Le pregunto:

—Pero, ¿cree o no cree usted en el Cabrunco? Y si existe, ¿qué es? ¿Qué efectos puede tener en la persona que se encuentre en el radio de su influencia?

El responde:

—Si queremos de algún modo llegar a la verdad despejemos en primer lugar las interrogantes una por una. La primera interrogante es si se trata de un fenómeno físico químico que bajo ciertas circunstancias climatéricas, y en contacto con fenómenos telúricos explicables produce una concentración luminosa a manera de bola incandescente.

* * *

El Doctor Nelo dice que también podría explicarse como un fenómeno metafísico, como cuando estamos ante la presencia de un fantasma.

El dice:

—Es un hecho comprobado que la presencia de un ser de ultratumba se manifiesta en varias maneras sensibles, como un escalofrío acompañado de sudor. Otra manifestación es la de una nebulosa brillante con silueta humana que flota a medio metro de altura, y se desplaza con agilidad. Otra manifestación es de naturaleza kinética, es decir, produce movimiento y desplazamiento de objetos, especialmente objetos que concentran sensibilidad emocional. Hay que recordar que los sonidos que se producen son puramente físicos, porque la entidad fantasmagórica no produce sonidos, en otras palabras, un fantasma no habla pero puede hacer que las cosas suenen o se muevan.

—¿Y qué de los fantasmas que se ven bien emponchados y vestidos con chaleco y sombrero a la pedrada?

—¡A eso voy! Este tipo de manifestación requiere de una sobrecarga de poder de concentración de parte del ente que se proyecta desde ultratumba. Este tipo de concentración es lo que hace que hayan casas “pesadas” donde se produjo algún crimen o suicidio.

* * *

—Pero, Doctor Nelo, usted no nos ha dicho nada respecto del Cabrunco. . .

El Dr. Nelo responde:

—Justo a eso quiero llegar. Si el Cabrunco no tiene nada que ver con los fenómenos producidos por la presencia de extraterrestres en lugares con evidente irradiación magnética como el cerro de San Isidro. . . Y si no tiene nada que ver con fenómenos metafísicos, es decir, relacionados con ultratumba. Entonces tampoco tiene nada que ver con fenómenos mitológicos, digamos, con el unicornio. Después de haber descartado todas estas posibilidades sólo nos queda una posibilidad.

Y añade:

—Esa posibilidad es la concentración de radiaciones que se hacen incandescentes bajo ciertas circunstancias climatéricas. Recuerda que la aparición del Cabrunco siempre se relaciona con las amenazas de tormentas con truenos y relámpagos. Recuerda también que el relámpago y el trueno son la misma cosa, pero como la luz tiene mayor velocidad que el sonido, primero se ve el relámpago y después se escucha el trueno. Algo semejante ocurre

con el pedo: Primero se escucha el sonido, y al final, como rezagado, se disfruta del olor, porque el olor no se transmite mediante ondas, sino mediante su difusión en las moléculas de la atmósfera, de acuerdo a la siguiente fórmula: $H^2O + 21\%O + 78\%N + 1\% Ar + P^2$.

—¿Y qué significa esta fórmula?

—Significa que el aire viciado está formado por agua en estado gaseoso más un 21 por ciento de oxígeno puro, más un 78 por ciento de nitrógeno, más 1 por ciento de argón, mas los P^2 .

—Y todo esto, ¿qué tiene que ver con el Cabrunco?

Esto quiere decir que la luz del Cabrunco podría ser la reactivación de un concentrado de luminosidad a causa de una tormenta de relámpagos cuando chocan con las cargas eléctricas de las nubes y se producen poderosas descargas eléctricas que alcanzan la superficie de la tierra. A eso se debe que muchas víctimas de rayos han sido explicadas como una mortal embestida del Cabrunco.

—¡Ah!

* * *

La explicación del Doctor Nelo me deja en las mismas, y ahora que he terminado la secundaria no sé más del Cabrunco que cuando lo soñé y lo dibujé cuando tenía cuatro añitos de edad.

El Doctor Nelo conoce mi historia y me dice:

—Tu historia incluye un detalle muy importante que nos puede dar la pauta para descubrir la verdad de Cabrunco: Mencionaste que tu mamá te libró de la radiación luminosa del Cabrunco al cubrirte con su pañolón.

Le pregunto:

—¿Y qué?

—Que según la mitología, el Cabrunco es una especie de rubí que crece en la frente de un animal, como los cachos crecen en la frente de algunos animales o el marfil les crece a los elefantes como colmillos. Respecto de su luz, porque brilla en la oscuridad, empieza con el color rojo encarnado, como un carbón encendido que aumenta su intensidad hasta convertirse en una luz poderosa con radiaciones que pueden producir el mismo efecto que el Anthrax, una enfermedad mortal también conocida como “carbunco” o “carbunclo”, palabras que derivan de “cabrunco” que es la forma lexicográfica correcta porque así se la pronuncia en Celendín. Por eso se dice que ante la presencia del Cabrunco hay que protegerse totalmente, no sólo la cara, sino todo el cuerpo, ya sea con un poncho o con un pañolón.

* * *

La explicación del Doctor Nelo puede ser cuestionada, pero incluye varios de los detalles que ha expuesto en su testimonio el Dr. Aníbal Cachay, respecto de lo que le ocurrió a él siendo niño, cuando estaba con una fuerte fiebre en el hospital de Celendín. Doña Juanita Sánchez, que trabajaba como administradora del hospital asegura que algo de lo que refiere en Dr. Cachay ella pudo presenciar y corroborar de manera personal.

Resulta que cierta noche tenebrosa estaban un grupo de colegiales aprendiendo a fumar en su esquina de Don Juan Aujero, frente a su esquina de Don Dámaso Carrión Pugavé en la Plaza de Armas, cuando el pequeño Aníbal, de doce años de edad, subía hacia la plaza desde el hospital.

En esos tiempos sin luz eléctrica, a cierta distancia ya no se podía distinguir la silueta de los colegiales, pero se veían los puchos encendidos, pareciendo dibujar arabescos en medio de la oscuridad.

* * *

El Anibalito se acercó a ellos y vio que señalaban en dirección del cerro San Isidro y decían que la luz que descendía era el Cabrunco, pero cuando de pronto las luces se multiplicaron, decían que eran estancieros que por alguna emergencia bajaban al pueblo en las horas de la noche.

Las luces se concentraron a la altura de la cisterna de agua que había en la parte baja del cerro, más abajo de la mina de arena blanca, y luego descendieron por la calle Junín, y bajaron en dirección de los colegiales con sus linternas en la mano.

Los estancieros decían:

—Llevamos a nuestro hijo al hospital porque lo ha golpeado el Cabrunco. También llevamos a su oveja, a la cual partió en dos mitades, sin derramar sangre. El corte era perfecto, sin ensuciar la piel, la carne, los huesos. Nada parecía desgarrado, y no se veía sangre por ningún lado.

Y como quien descansan, pusieron en el suelo el poncho donde llevaban a la oveja, para mostrarla a las autoridades.

Les dicen:

—Así los hemos encontrado: A él herido y desmayado, y a la oveja partida en mitades.

* * *

El pequeño Aníbal estaba en el hospital, con fiebre. No había salido del hospital ni se había mezclado entre el grupo de colegiales. Doña Juanita Sánchez le estaba aplicando compresas de agua fría. Sin embargo la escena de los colegiales y la visión de la oveja partida por el Cabrunco o por el rayo realmente ocurrió en su esquina de Don Juan Aujero. ¿Habrá sido que su alma se salió de su cuerpecito?

Cuando hicieron recostar al estanciero sobre la cama vacía que había junto a la cama del Aníbal, el Anibal empezó a mejorarse y pronto salió de peligro. Pero le llamó la atención el poncho plegado del estanciero, que habían dejado junto a la cabecera si en caso tuviese frío. El niño creyó ver en los pliegues del poncho carbones encendidos.

En realidad no había nada, como el estanciero le contó. El Cabrunco golpeó a su oveja y se volvió para agredirlo a él. Pero él logró quipicharlo con su poncho, y la herida que tenía en su frente se la hizo al perder el equilibrio y caer sobre una roca.

* * *

El Doctor Nelo escucha la historia del Dr. Aníbal Cachay y comenta:

—Eso es justamente lo que dicen: Que la única manera de evitar el golpe de energía del Cabrunco es quipichando su luz con un poncho o un pañolón, en el preciso momento cuando es enfocada contra uno.

El Sabio Arquímedes interviene y comenta:

—Pero la luz quipichada más bien resultó ser benéfica. . .

El Doctor Nelo responde:

—Las fuerzas para nosotros desconocidas, siempre nos parecen nocivas, pero la ciencia demuestra que al contrario, podrían significar nuestra salvación.

El Sabio Arquímedes comenta:

—Para mí que fue el rayo, que si no lo mataba a la oveja lo mataba a él.

14
IGNORADA MARCIANITA

Cuando mi madre vio el objeto volador no identificado en Celendín, los rusos aun no habían lanzado su Sputnik. Y cuando eso ocurrió poco después, muchos se agolpaban en las esquinas de la Plaza de Armas con sus bocas abiertas y la vista dirigida hacia las estrellas, mientras comentaban nerviosamente los misterios del infinito que nos envuelve.

Su conversación se centraba en el planeta Marte, debido a que es el más parecido y el más cercano a la Tierra, aparte de su enigmático color bermejo. Todos admiraban la proeza de los rusos, pero evidentemente los marcianos ya se los habían madrugado.

Entonces se hizo popular una canción nuevaolera, pocos antes de la década de 1960, que describía a una mujer tan virtuosa que de ninguna manera podría ser producto de la Tierra, que el incremento de los viajes espaciales bien podrían acercarla a nuestra realidad.

Así dice la letra de esa canción:

*Ignorada marcianita,
espigada, pequeña, gordita, delgada,
será mi amor.*

*La distancia nos acerca
y en el año sesenta
felices seremos los dos.*

*Yo quiero una chica de Marte
que sea sincera.
Que no se pinte, ni fume
ni sepa siquiera
lo que es rock-and-roll.*

*Marcianita,
blanca o negra,
espigada, pequeña, gordita, delgada,
será mi amor.*

*La distancia nos acerca
y en el año sesenta
felices seremos los dos.*

*Yo que tanto he soñado,
voy a ser el primer pasajero
que viaje hasta donde estás.
La distancia nos acerca
Y en el año sesenta
felices seremos los dos.*

* * *

Esta canción expresaba una expectativa romántica diametralmente diferente de la del inglés Herbert George Wells en su libro, *The War of the Worlds*, publicado en 1938 y escenificado por Orson Wells en 1938, con resultados catastróficos en lo que a accidentes producidos se refiere.

Orson Wells era un joven periodista de la CBS Radio, y su programa, Intercontinental Radial News era transmitido desde Nueva York. A él se le ocurrió escenificar en la radio la ficción de H. C. Wells, propalando como BREAKING NEWS la noticia de la invasión a Estados Unidos de naves tripuladas procedentes de Marte, que se encuentra a 57 millones de kilómetros de la Tierra.

—La crónica noticiosa fue diseñada para la víspera de Halloween y se estima que siete millones de personas la escucharon en medio de un verdadero pandemonio.

—Sí, pué. ¿Por qué no esperar, más bien, un contacto romántico, *sex included*, al estilo de Génesis Capítulo 6, di?

—¡Claro! A propósito de Herbert George Wells, él también produjo las sagas de ciencia ficción, *La máquina del tiempo* y *El hombre invisible*.

* * *

En esos tiempos pasados no sabíamos de Marte mucho más que los antiguos astrólogos de Babilonia.

Se lo distingue en el cielo nocturno por su color rojizo que despertó analogías relativas a la sangre, la guerra y la muerte. Los babilonios lo llamaban Nergal, y lo consideraban el dios de la muerte. Los griegos lo llaman con el nombre de Ares, el dios de la guerra. Y su nombre latino, Marte, lo ha desvestido de su divinidad para presentárnoslo con un cuerpo celeste.

A Aristarco de Samotracia se le ocurrió decir 250 años antes de la era común que Marte gira alrededor del Sol, contrario a la creencia difundida, de que todos los cuerpos celestes giran alrededor de la Tierra. Aristarco de Samotracia se le anticipó en 1.800 años a Nicolás Copérnico, que en 1543 señaló que todos los planetas giraban alrededor del Sol, y que el Sol en realidad es una estrella.

* * *

Está a la vista que Marte es un planeta, porque se lo ve desplazarse en el círculo del cielo, a diferencia de las estrellas que parecen estar fijas debido a la gran distancia a que se encuentran de la Tierra. Pero nadie pudo verlo en tamaño ampliado hasta que Galileo inventó su telescopio en 1610, y del tamaño de una mandarina, Marte fue visto con un diámetro de dos metros y medio. Grande logro para la ciencia, pero insuficiente para captar en su superficie algún indicio de vida.

—Hasta que ocurrió lo que ocurrió. . .

—Así es, aparatos más sofisticados del Siglo 19, mostraron sobre su superficie enormes canales y otras grandes obras de ingeniería. Percivald Lowell, que los observó

desde su observatorio en 1894, pensó que por fin empezábamos a comunicarnos con seres más desarrollados de otros mundos.

* * *

Mis fantasías se intensificaron en 1976 cuando los científicos de la NASA captaron en una llanura de Marte. . . ¡el relieve geológico de un rostro humano! ¡Una montaña tallada artificialmente con la forma de una cara humana, como para que pueda ser vista desde la Tierra!

¿Qué otro propósito tendría semejante obra de ingeniería que mostrarnos que lo que se vino a llamar “el rostro de Marte”, era el rostro nuestro? ¿Acaso no significaba esto un mudo mensaje de que los habitantes de la Tierra vinieron de Marte?

Según algunos, el rostro pétreo se parecía a Ronald Reagan cuando se aventuró como galán de cine y enardeció las fantasías respecto de cómo pudiese ser una despampanante mujer marciana.

Otros veían el ese rostro marciano una semejanza al rostro de la Esfinge de Egipto, enardeciendo las fantasías de que la civilización egipcia haya sido propulsada por marcianos.

En cuanto a mí respecta, esa roca se me hace más parecida a la Laura Bozo cuando no habla.

* * *

—Y en cuanto a una mujer marciana “X” que pudiese estimular nuestras fantasías sexuales, ¿Acaso se llamaría Aelita, como en la novela de Tolstoi?

—¿O acaso se llamaría Adelita?

—¿O acaso, Estelita? Desde ya, yo le cantaba en mi corazón la canción de Leo Dan:

*Estelita, ¡qué linda que estás!
Estelita, ¿podría con usted conversar?*

Pero una fotografía de mayor resolución mostró que el “rostro de Marte” era tan sólo un accidente natural, y ante diversos ángulos en que le alcanzaba la luz del Sol, desaparecían sus facciones humanas.

—Para entonces ya se sabía que como la Luna, el planeta Marte es inerte. . .

—Bueno. Quizás no sea de Marte, pero de todas maneras, ¡llegaría a amarte!

—Aun siendo de otros mundos, los extraterrestres que nos visitan, sin duda son seres altamente evolucionados.

—O iguales a nosotros, físicamente hablando, pues honestamente no puedo imaginar un ser más perfecto que la Lucianita Salazar.

—¿Di?

* * *

El hecho es que nos visitan desde el cielo. Lo corroboran tantos avistamientos en lugares identificados a partir de dos indicadores coherentes: Lugares sagrados y lugares encantados.

Se habla de “lugares sagrados” en las diferentes civilizaciones que han surgido a lo largo de la historia. Este es el indicador más seguro, independientemente de cuál civilización sea, porque los antiguos identificaban tales escenarios con la teofanía o manifestación visible de dioses venidos del cielo.

Sobre este particular, Jerusalem sobrepasa a Stonehenge, a Macchpicchu o al santuario chavinoide de Muyuc Chico, en Celendín. El libro del profeta Ezequiel alude al descenso de una descomunal nave espacial tan alta como un edificio sobre Tel Aviv y sobre el Monte de los Olivos, que está frente al Monte del Templo.

* * *

Se habla de “lugares encantados”. Me refiero a comarcas donde ocurren fenómenos que parecen contradecir las leyes naturales. Tal es el caso de Sedona, en Arizona, Estados Unidos. Tal es el caso del cerro Tolón, en Celendín.

Pero quizás habría un indicador más: Las zonas cerradas por los gobiernos de los estados del Primer Mundo para mantenernos alejados de supuestos “secretos militares”. Tal es el caso de Roswell en New Mexico, que ha dado lugar al incremento de la saga de que el gobierno de Estados Unidos oculta por consigna o por instructivas del cielo una nave extraterrestre siniestrada, con los restos de sus tripulantes.

—Yo he visto la foto de esos extraterrestres momificados. Parecen llanguatinos.

—De todos modos, este tercer indicador pertenece al terreno de la conjetura. No así la nave extraterrestre no tripulada que descendió en las inmediaciones del cerro Tolón, al norte de la cadena del Jelij el 22 de diciembre del 2009, coincidiendo por alguna razón con el solsticio de invierno.

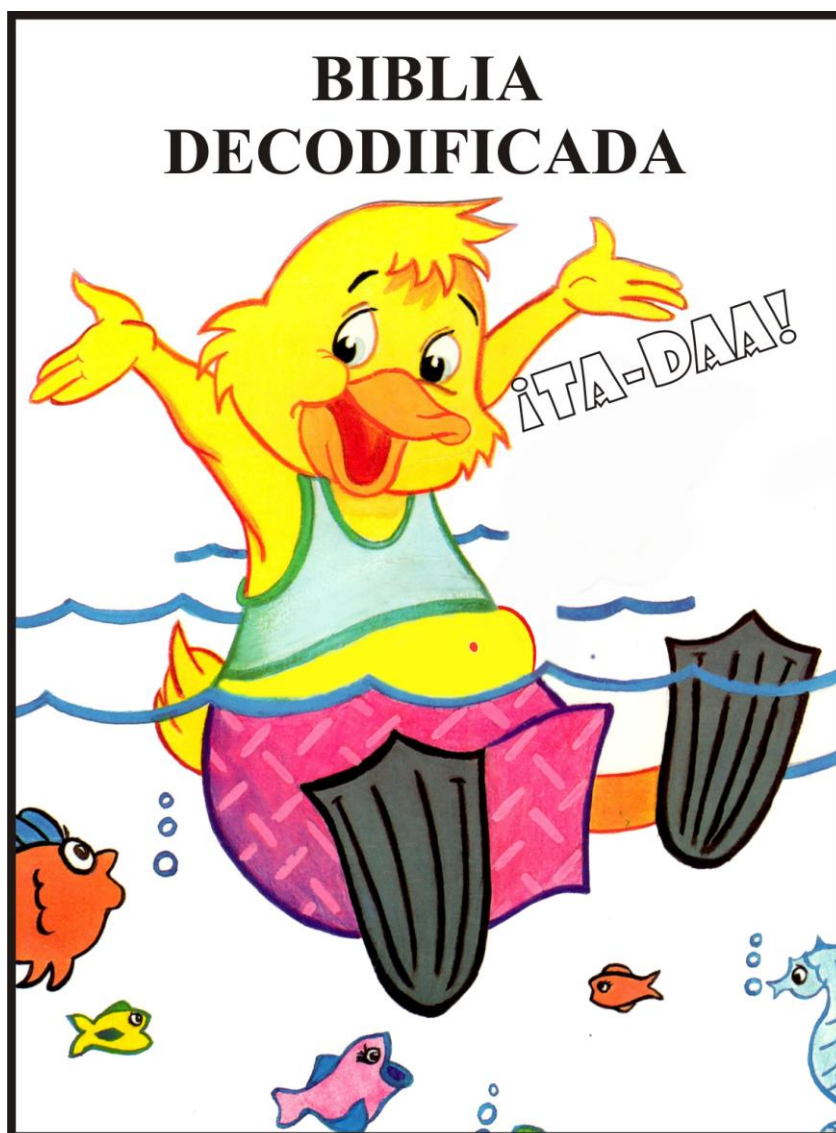
—De todos modos, ahora que conocemos más del planeta Marte, podemos estar seguros que la nave que tomó suelo en las inmediaciones del cerro Tolón, al nor oriente de Celendín, no vino de allí.

—¿De dónde vendría? ¿Di?





INFORMACION IMPORTANTE



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ





BIBLIOTECA INTELIGENTE

| Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace “Inicio” diviértete con “El Changuito de la Biblioteca Inteligente” y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip “Caminando por la Vida”.


Luego ingresa al enlace “Biblioteca Inteligente” y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace “Antologías de Historias Cortas” y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!

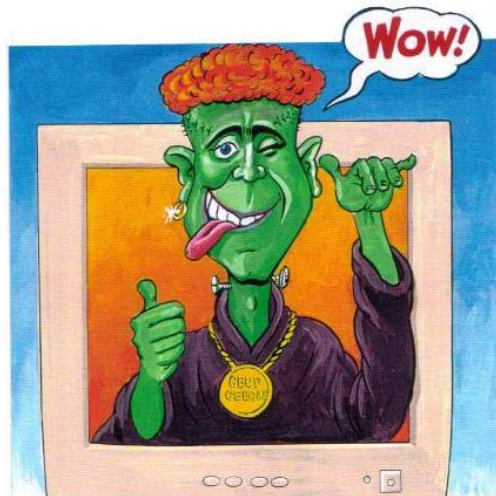


LA BIBLIOTECA INTELIGENTE DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
(Al pie, empastados en color azul están los originales de la Biblia RVA)





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651